Seix Barral

Luis Miguel Rivas

Los amigos míos se viven muriendo

Seix Barral Biblioteca Breve

Luis Miguel Rivas

Los amigos míos se viven muriendo

Con un epílogo de Héctor Abad Faciolince

© Luis Miguel Rivas, 2024

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2024
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Primera edición: abril de 2007
Fondo Editorial Universidad EAFIT

Primera edición en esta colección (Colombia): junio de 2024
ISBN 13: 978-628-7655-56-0
ISBN 10: 628-7655-56-9

Primera edición en formato epub (Colombia): Junio de 2024
ISBN: 978-628-7655-57-7
Libro convertido a Epub por: Digitrans Media Services LLP
INDIA
Impreso en Colombia – Printed in Colombia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Índice

La vez que todos fuimos Jairo

Huid de la primera mirada

Los amigos míos se viven muriendo

Todo me suena a tu voz

Los malditos gatos jugando en el techo

Anoche me acechaba un objetivo

Con la *Monalisa* es distinto

Carta poco corta para un largo

Epílogo

Héctor Abad Faciolince

La vez que todos fuimos Jairo

A mí me gustan las mujeres tristes. Eso digo hoy. Pero en esa época ni siquiera lo había pensado. Por eso cuando los otros muchachos dijeron:

—¿Y a vos cómo te gustan las mujeres?

Yo me tomé otro trago de ron y dije lo primero que se me vino a la cabeza:

—Las monas, pero que no sean teñidas.

Estábamos en el parque de Envigado y era un sábado por la tarde. Nos habíamos reunido para hacer una tarea de trigonometría. Yo en verdad no era de la gallada de los otros tres muchachos, pero el profesor me había metido en el mismo grupo con ellos para hacer el trabajo y ahí estábamos: Mumi, el Pollo, Chepa y yo.

Chepa era uno de esos que uno cree que va a vivir toda la vida y siempre con una sonrisa. Las compañeras del colegio La Salle se morían por él y los profesores y todo el mundo lo querían. Tenía pares de tenis de todas las marcas, en los recreos comía de todo lo que quería, nunca perdía años y no pagaba bus del colegio porque lo recogían en una camioneta Bronco *llantabalón* con chofer y guardaespaldas. Era primo de Gustavo Gaviria, el primo de Pablo Escobar, el amigo de Jorge Mesa el alcalde del municipio.

Nos habíamos reunido en la casa de él, en toda la esquina del parque de Envigado. Era un apartamento más grande que una casa vieja, con el piso blandito de alfombra por todas partes, con porcelanas raras que hacían muecas y contorsiones y jarrones con dibujitos de colores como hechos por un niño que supiera pintar muy bien, puestos en repisas brillantes.

Hicimos la tarea mientras una señora de uniforme nos llevaba sánduches y galleticas y pasteles y jugo y gaseosa. Los papás de Chepa se habían ido para Europa a *pasiar* y él estaba solo con la señora de uniforme. Cuando terminamos de hacer la tarea, Chepa sacó una botella de whisky y nos sirvió de a vaso a cada uno. Bebimos y el Pollo, con su manera de hablar de capitán del equipo, dijo que saliéramos un rato, que nos aireáramos, que viéramos gente, que nos tomáramos algo en el parque.

Nos fuimos para una de las heladerías del parque y nos sentamos en las bancas de afuera. Chepa pidió una botella de ron, hielo, limonada y cuatro vasos. Servimos y ellos empezaron a hablar de mujeres. Yo casi no hablé porque no tenía mucho que decir sobre el tema. El Pollo tenía diecisiete años, usaba el carro del papá como si fuera suyo, había vivido en Estados Unidos y tuvo muchas novias y fue a muchas discotecas y conocía muchas cosas de la vida. De lo que no sabía nada era de estudio. En el colegio se lo gozaban mucho por bruto, pero él no se inmutaba porque se sentía superior a todos y sabía que ninguno tan joven como él tenía tanto dinero propio y tanta vida de hombre grande. Los que se lo gozaban el lunes le hacían caritas el viernes para que los invitara a salir por la noche en el carro con peladas. Esa tarde el Pollo habló de las mujeres con las que había estado y dijo que le gustaban sobre todo las trigueñas. Levantó el vaso lleno y todos nos tomamos el ron.

Mumi se llamaba Jaime Alberto, medía 1,85 y había cumplido dieciséis años. Tenía un cuerpo de buldócer que no combinaba con una carita de niño que a la gente le daban ganas de acariciar y unos ojitos apagados que lo hacían parecer como dormido a toda hora. Por eso las muchachas del colegio le habían puesto ese apodo. Mumi vivía en el barrio La Paz y el lugar más lejano que había visitado en la vida era Manizales, donde tenía unos primos. Su papá era empleado en una empresa y su mamá cuidaba la casa y a los dos hijos menores. De los que estaban esa tarde, Mumi era con el que yo más había hablado y era al que más conocía. Por eso no le creí ni pío cuando empezó a contarnos aventuras en fincas y paseos con morenas y monas y negras y trigueñas. Luego dijo, hablando duro y sin mirarme a mí, que, de todas, a él las pelirrojas pecosas eran las que lo enloquecían. Y nos mandamos otro trago.

Luego habló Chepa. Todos sabíamos que Chepa, a sus diecisiete años, lo había vivido todo, que había viajado por medio mundo, que había estado en todas partes con todas las mujeres, que lo que dijera nos iba a dejar retorcidos de envidia y aburridos de nuestra vida tan chiquita. Hasta al mismo Pollo se le olvidó su sonrisita de sobradez y puso cara de atención y se puso a oír a Chepa. Pero Chepa solo habló de una mujer de la que se había enamorado y que no había vuelto a ver. Dijo que se la había comido una vez y había empezado a pensar en ella a toda hora todos los días. «Quedó *tragao* después de que se la comió», pensé. La buscó mucho, pero nunca la volvió a encontrar. Después de eso había estado con muchas mujeres y no era lo mismo. No contó historias *descrestantes*. No nos quiso humillar con su experiencia. Sirvió un ron doble para cada uno y volvimos a brindar.

Esperaron a que yo dijera algo. Como no dije nada me

preguntaron que cómo me gustaban las mujeres. Entonces fue cuando me tomé el otro ron y dije que las monas, pero que no fueran teñidas. Chepa, que solo era un año mayor que yo, sonrió, me dio un golpecito como de cariño en la espalda y me miró como si estuviera mirando a un nieto. El Pollo pidió una botella más, dijo que nos tomáramos el otro ron y le preguntó a Chepa qué íbamos a hacer esa noche. Yo no supe si en el «qué íbamos a hacer» estábamos incluidos Mumi y yo. En esas estábamos cuando por la acera de las heladerías del parque vimos aparecer a la muchacha.

Era trigueña, de la estatura mía, que no tengo que empinarme en los buses, los ojos achinados y el pelo negro en churruscos que le tocaban los hombros. Tenía botas de cuero con flecos de color café, una falda hasta un poco más arriba de la rodilla, chaqueta negra y debajo una camiseta pegada al cuerpo que dejaba ver la rayita donde empiezan los pechos. Se notaba mucho en medio de la gente. Yo la vi desde que estaba chiquita en la esquina. Se fue creciendo hacia nosotros, caminando suelto, sin importarle nada, yéndose un poquito a los lados. Tenía la pestañina regada. Se notaba que hacía poco había estado muy triste en un rincón o frente a una amiga y que se había secado la cara y había respirado hondo antes de salir a caminar tambaleándose.

Yo fui el primero que la vi y no dije nada, sino que me quedé viéndola. El Pollo, que me vio mirando tan fijo, también miró y la vio. Entonces interrumpió la charla y nos dijo a todos que miráramos. Ella caminaba como si no hubiera nadie en las calles, mirando nada y se acercaba a nosotros. El Pollo se paró y sonrió.

—Pa' dónde va mi amor —le dijo cuando pasó por el lado de nosotros.

—Por ahí —dijo la muchacha.

—Venga la invitamos a un traguito.

La muchacha se le paró de frente al Pollo, se balanceó un poquito y lo miró fijo a los ojos.

—¿Y ustedes que están tomando?

—Lo que usted quiera, mi amor.

La muchacha miró donde nosotros y nos vio a todos viéndola. Después miró la mesa con las botellas de ron y los vasos con limonada sobre la mesa.

—Pues sí, voy a aprovechar que aquí están tomando trago de señorita.

El Pollo le puso la mano en la cintura y le dijo a Mumi que trajera una silla. Mumi, sonriendo, trajo la silla. La muchacha se sentó al lado del Pollo. Pidió un ron doble y vivo y se lo tragó de un trago. Luego se quedó mirando nada. Cuando Chepa le iba a poner conversa desde el otro lado de la mesa, la muchacha se paró al baño

y casi no se para. Salió trastabillando.

—Llevémonosla pa' tu casa —le dijo el Pollo a Chepa estirando la cabeza por encima de la mesa— ahí está el programa.

Chepa se quedó callado un ratico, movió la cabeza arriba y abajo y nos miró a Mumi y a mí.

—Ustedes qué dicen.

Mumi y yo nos miramos y nos reímos con escalofrío. Cuando la muchacha volvió, Chepa la invitó con nosotros al apartamento a tomarnos otro traguito.

—Listo —contestó la muchacha mirando nada. Después de volver del baño la pestañina se le había regado otro poco.

Nos tomamos otro ron doble. Chepa y el Pollo pagaron la cuenta y nos fuimos tambaleando los cinco hasta el apartamento.

La señora de uniforme estaba encerrada en una pieza del fondo y, según Chepa, ya no salía. En la sala había un sofá grande, una mesa bajita con superficie de vidrio y otros tres sillones pequeños de la misma familia del sofá. En la pared del lado colgaba un espejo gigante y detrás del sofá había un escaparate repleto de botellas de distintas clases. La muchacha se tiró en uno de los sillones pequeños a pesar de que El Pollo la estaba jalando para el sofá. Mumi se sentó en otro sillón y yo en el que quedaba desocupado. El Pollo se sentó solo en el sofá. Chepa fue al escaparate, sacó la botella de whisky y vasos, volvió al centro de la sala y dejó todo sobre la mesita de vidrio. Luego salió hacia el fondo de la casa. El Pollo se inclinó hacia la muchacha.

—Cómo te parece el apartamentico.

—Mmuuyy boooniiiito —dijo ella, lenta, cansada.

Levantó la mano muy despacio, se limpió con los dedos la parte de abajo de los ojos y luego se miró las yemas untadas de pestañina y humedad. «La tristeza cansa mucho», pensé. Levantó la cabeza y se quedó mirando fijo a la pared. Como que cayó en cuenta de que le tocaba hablar y sin dejar de mirar la pared habló.

—¿Y ustedes cómo se llaman?

—Yo me llamo Carlos —dijo el Pollo y luego nos señaló a Mumi y a mí— y ellos son Jaime Alberto y Manuel.

Yo quería decir mucho gusto y usted cómo se llama o algo así, pero en ese momento llegó Chepa con un recipiente lleno de cubos de hielo y le dijo a la muchacha:

—Yo me llamo Luis Alfonso, mucho gusto. —Y luego le dijo a Mumi que sirviera el whisky y Mumi, sonriendo, lo sirvió y brindamos.

Ella se volvió a mandar el trago de un solo trago. Puso el vaso sobre la mesita, se tiró hacia el espaldar del sillón y sin decir nada, sin avisar ni despedirse se quedó dormida como una piedra.

—Se murió —dijo Mumi.

Todos nos paramos. Chepa se acercó a ella le puso la mano en el corazón y luego en la boca.

—Está muerta, pero de la rasca —dijo.

Nos volvimos a sentar en silencio. Chepa se sentó al lado del Pollo en el sofá. Servimos otro whisky y nos lo tomamos mirándonos las caras y sin hablar. El ambiente se hubiera quedado así callado si no fuera porque la muchacha pegó un ronquido tan fuerte que nos sacó de los pensamientos. Entonces la miramos, nos miramos y nos dio risa. Quedamos otro rato en silencio hasta que de un momento a otro el Pollo se paró. Se puso en mitad de la sala, miró a la muchacha y dijo:

—Espérense y verán.

Se le acercó, se arrodilló y le puso la mano en el muslo. Le miró la cara un momento, subió la mano, la metió debajo de la falda y allí adentro empezó a moverla haciendo círculos. Mumi y yo nos inclinamos hacia adelante y miramos con los ojos bien abiertos. Chepa recostado en el espaldar del sofá miraba sin mucho interés mientras hacía sonar los hielos contra las paredes del vaso. La muchacha empezó a respirar fuerte y a dar unos suspiros grandísimos.

Mumi y yo estábamos concentrados y la respiración también empezó a aumentársenos. El Pollo con la otra mano le abrió la chaqueta y debajo de la camisa ceñida empezó también a hacer círculos. La muchacha se quejó lo más de rico y hasta Chepa se paró tambaleante del sofá y se puso a mirar con interés. El Pollo le quitó la chaqueta a la muchacha. Como pesaba un poco, le dijo a Mumi que le ayudara a correrla un poquito para sacarle la camisa y Mumi, con risita nerviosa, le ayudó. Cuando la vimos sin nada de la cintura para arriba respiramos hondo. El Pollo se puso a darle besos en uno de los pechos y le hizo señas a Mumi para que lo hiciera también. Mumi, como sin saber qué hacer, empezó a darle picos en el otro pecho. El Pollo me miró de reojo mientras hacía como si estuviera tomando de una cantimplora. Separó la boca del pecho.

—Hacé algo —me dijo.

Lo primero que se me ocurrió fue quitarle las botas. Chepa se acercaba cada vez más y nos miraba. Mientras jalaba una de las botas levanté la cabeza y nos vi a todos en el espejo: teníamos las caras desencajadas, como si tuviéramos cólico. El Pollo le desabrochó la falda y volvió a meter su mano allí. Entonces por encima de los jadeos de la muchacha y el silencio bruto de nosotros se oyó una voz, una súplica:

—¡Jairo!

Todos nos quedamos como en estatua un segundo. Luego

separamos la bocas y las manos de la piel de la muchacha, nos enderezamos, nos miramos y luego la miramos a ella medio empelota sobre el sillón.

—¡Jairo! —repitió la muchacha con los ojos cerrados— ¡Te quiero!

El Pollo dio un paso atrás, respiró, abrió y cerró los ojos varias veces, miró serio y empezó a organizarse la camisa. Chepa se puso a mirar la muchacha como esperando que le explicara algo. Yo me senté otra vez en el sillón. Mumi no sabía qué hacer y se quedó al lado de ella.

—¡No te vas Jairo! —dijo la muchacha con los ojos cerrados. Hablaba como si se fuera a ahogar— ¡Hacémelo! ¡Hacémelo!

Entonces estiró la mano y cogió la de Mumi que estaba a su lado. Lo jaló hacia ella. Mumi se dejó llevar mudo del susto. La muchacha extendió las piernas a los lados y puso a Mumi en la mitad, luego le pegó un tirón y lo hizo inclinarse hacia su cara. Lo besó despacito primero y luego lo besó del todo. Lo cogió por las nalgas y empezó a moverse como si fuera a bailar. La cara de *atembao* de Mumi se convirtió de un momento a otro en la cara de un hombre mayor, de un tipo de esos que va pa' donde va sin que nadie pueda hacer nada.

Chepa, el Pollo y yo miramos, sin decir ni mu, los movimientos de ese bulto sobre el sillón: primero suaves y con ritmito, luego más rápidos y menos organizados y al final despelotados y bruscos como una pelea de perros y gatos. El agite terminó de un momento a otro con un grito triste y alegre de Mumi y con su caída como costal de papas sobre la muchacha que se quería seguir moviendo y repetía:

—¡Más Jairo, mi amor, más, más, Jairo!

El Pollo reaccionó de una. Levantó a Mumi casi desmayado y lo ayudó a acostarse sobre la alfombra. Se desabrochó la correa, se desabotonó el pantalón y tambaleante de ron y whisky se fue sobre la muchacha que decía con más fuerza, casi gritando, como despierta:

—¡Jairo, Jairo, Jairo!

Y el Pollo se movió con todas las ganas con que se movería Jairo y la besó en la boca con ese amor con que Jairo la debió haber besado alguna vez.

Chepa y yo mirábamos y yo pensaba que el Pollo era cada vez menos él y cada vez más Jairo y luego, cuando el ritmo se aceleró otra vez como si el mundo se fuera a acabar, el Pollo no era nada sino una explosión y después un talego vacío y después otro cuerpo desmadejado que se alcanzó a poner de pie para tirarse en la alfombra al lado de Mumi.

La muchacha todavía pedía un poco más de Jairo. Chepa me miró y yo le dije «dale», porque para qué voy a decir mentiras: yo

estaba muy asustado. Con que me hubiera tocado ver ya era suficiente. Chepa estaba raro. Se notaba que tenía ganas, pero cuando caminó hacia el sillón lo hizo despacio, como pensando. Ocupó el nombre y el lugar de Jairo y de los otros dos Jairos que habían estado antes. La muchacha seguía respirando como un moribundo y Chepa empezó a moverse encima de ella, pero de un momento a otro paró en seco, la dejó sola pidiendo más Jairo, fue hacia la mesita de vidrio y se sirvió un whisky grande. Mumi y el Pollo estaban roncando en la alfombra. Chepa tomó un trago y se quedó pensativo mirando la muchacha.

—¡Jairo! —dijo Chepa como para él mismo.

—¿Quién será? —dije yo.

Chepa se tomó otro trago y habló más fuerte, pero sin mirarme.

—¿Cómo se haría querer así?

Dejó el vaso sobre la mesita, enderezó la espalda, se compuso el pantalón y se metió la camisa por dentro.

—Ayudame —me dijo.

Le acomodamos otra vez la ropa a la muchacha y le pusimos las botas. La llevamos cargada hasta el baño. Chepa abrió la ducha y le metimos la cabeza en el chorro. Pegó un grito de susto.

—Tranquila, tranquila —le dijo Chepa— ¿Usted dónde vive?

—En Itagüí —dijo ella, atontada, sin despertar del todo.

—¿En qué parte?, ¿se acuerda dónde?

—En San Pío —balbuceó ella.

—¿Qué es eso? —preguntó Chepa mirándome.

—Un barrio, yo sé por dónde —le dije.

La abrazamos entre los dos, cada uno por un lado y así salimos del apartamento y fuimos hasta el parqueadero del edificio como si fuéramos un combo de amigos de hace años que se hubieran emparrandado juntos. Nos montamos en uno de los carros de los papás de Chepa. Nunca he vuelto a montar en un carro tan bonito. La sentamos adelante, al lado de Chepa, y se volvió a quedar profunda. Yo me fui atrás explicando el camino. Cuando llegamos a San Pío Chepa paró el carro. Le acarició el pelo y le humedeció la cara con agua para despertarla. Ella abrió los ojos extrañada. Chepa le dijo que la traíamos a la casa, que habíamos llegado al barrio, que dónde vivía. Ella sin entender nada señaló una esquina y por ahí *voltiamos*. Luego nos mostró un callejón y dijo que ahí vivía. Chepa fue hasta allá. Ella abrió la puerta sin aterrizar todavía y dijo gracias. Caminó metiéndose en el callejón. Cuando se iba a perder en él, Chepa tocó el pito.

—¡Oiga! —gritó.

La muchacha paró en seco y *voltió*.

—¿Quién es Jairo? —dijo Chepa desgañitándose.

La muchacha se quedó quieta y callada un momento. Se devolvió hasta el carro. Se apoyó sobre la ventanilla. Nos miró a Chepa y a mí como reparándonos, como sin entender. Los ojos se le encharcaron. Arrugó la cara y dijo con rabia y dolor de estómago.

—¡No me hablen de ese hijueputa!

Dio la vuelta otra vez y se perdió corriendo por el callejón. Chepa me llevó hasta mi casa y no hablamos en todo el camino.

Huid de la primera mirada

Escuchad, hombres y mujeres ingenuos de todo el mundo. Vengo a advertiros de cosas que a lo mejor ya habéis vivido sin percataros. Vengo a preveniros, vengo a ayudaros: ¡huid de la primera mirada! Estad atentos, sed perspicaces cuando un hombre o una mujer os mire, aprended a reconocer en el fulgor de unos ojos que se encuentran con los vuestros las sutiles partículas que pueden perderos definitivamente. En esas imperceptibles partículas está sintetizado el germen explosivo del amor. Si lo reconocéis podéis huir a tiempo. Si llegáis a ser conscientes de ello podréis escoger, definir el rumbo de vuestra historia. Si no lo hacéis, si sucumbís, no os quedará más camino que renunciar a las riendas de vuestra propia vida. Entonces ateneos: sufrid y gozad al caprichoso vaivén de los sentimientos ingobernables. Si no lo hacéis, probablemente os ocurra algo parecido a lo que os voy a contar.

Soy Benjamín Correa, vecino del barrio Mesa, ubicado en la llamada ciudad señorial, Envigado. Nací y crecí en una casa de bahareque, techos altísimos, alerones sobre la acera y ventanas de madera. Una casa hecha para que vivieran personas. No tuve padre y no es del caso contar esa parte de mi vida, pero quiero deciros que mis padres fueron los libros: anaqueles llenos de ediciones antiguas empastadas en cuero. De niño, adolescente y mayor conversé con don Alonso Quijano, con Robinson Crusoe, con los piratas de Sir Robert Louis Stevenson, con los expedicionarios de Jenofonte, con los aventureros de don Julio Verne, con los angustiados hijos de Federico Dostoievsky, con los fantasmas de Edgar Allan Poe y con otros contertulios amables, sabios e incondicionales que me enseñaron a hablar, a caminar, a vivir. Nunca salí de mi casa a otra cosa que no fuera dirigirme a la biblioteca pública José Félix de Restrepo. Y así hubieran transcurrido plácidamente mis días, hasta la fecha ineludible que el destino tiene tachada en un almanaque que desconozco, si no fuera por una mirada que no supe reconocer a tiempo.

Fue una tarde de hace dos años. Había tomado de los anaqueles de la biblioteca pública un ejemplar de la colección Jackson. ¿La

recuerdan?, esa que tiene como introducción algo así como: «Un gran librepensador inglés dijo: la verdadera universidad hoy en día son los libros». Se trataba del tomo de las conversaciones entre Goethe y Eckermann. Me senté a la mesa, abrí el libro y al cabo de unos segundos empecé a sentir un leve calor en el hombro. Levanté los ojos del texto y nada distinto a dos muchachas haciendo malamente sus tareas vi en la mesa del lado. Volví a iniciar el párrafo y cuando iba por el sexto o séptimo renglón, una sombra oscureció la página. Detuve de nuevo la lectura y giré el rostro a todos lados: al fondo había una madre haciendo la tarea de un párvulo que construía un castillo con libros; en el cubículo de la bibliotecaria estaba la empleada haciendo croché y en la mesa de al lado las dos jóvenes. No observé nada extraño a excepción del gesto abrupto con el que una de las muchachas giró la cabeza cuando las miré.

Volví a Eckermann y Goethe, pero no pude concentrarme. Algo inusitado ocurría. Pasé mi mano por la cabeza, levanté el mentón, moví el cuello a un lado como tratando de relajarme y en ese movimiento me detuve como petrificado. Ahí estaba la mirada. La joven que hace unos segundos había volteado el rostro tenía sus ojos puestos en mí. Fue solo un instante, duró poco más de lo que dura un parpadeo. Pero todos sabemos que basta con entrever al basilisco durante una milésima de segundo para morir. En un intento torpe por describir lo que sentí puedo decir que el calor inicial volvió a calentar esta vez, no solo el hombro, sino la totalidad de mi cuerpo y que de súbito se apropió de mí la sensación de no estar solo en el mundo. En ese momento todavía hubiera podido salvarme, hubiera podido huir si mi corta inteligencia y mi precaria experiencia me lo hubieran advertido. Si alguien me lo hubiera dicho, si alguien lo hubiera escrito. Pero no lo sabía. Por eso hoy refiero mi historia para que sirva de testimonio aleccionador para las presentes y futuras generaciones.

Esa tarde me olvidé definitivamente de Eckermann y Goethe. Fingía leer y levantaba la cabeza cada dos minutos. Y cada dos minutos estaban los ojos de ella esperándome. Cada dos minutos, con mi voluntad de mirarla, *decidía* yo insuflar más aire a ese globo de goma que me maravillaba ver crecer. Cada dos minutos (voy a utilizar metáforas gastadas pero precisas) *decidía* impulsar el descenso de esa bola de nieve que me divertía ver rodar, cada vez *decidía* echar trozos de leña en la fogata para disfrutar de su crepitar.

Si, a pesar de la conmoción de la primera mirada, hubiera hecho un leve esfuerzo para volver a Goethe y hubiera valorado el acontecimiento en su real dimensión, como una «circunstancia bella

y fugaz», de esas que nos ocurren a diario, mi vida sería hoy otra. Por el contrario, la periodicidad y la duración de las miradas se aumentaron sin pudor alguno. Al final de la tarde las muchachas terminaron su consulta y salieron. Antes de cruzar la puerta de salida Ella se detuvo, hizo como si acomodara su cabello a la altura de la nuca y me miró. A pesar de que el gesto era directo y podría parecer provocador, los ojos hablaban de timidez, de humildad, de necesidad de protección y… ¡ay, Dios! … de amor.

Volví a la biblioteca al día siguiente y Ella fue sola. A pesar de mi timidez de ostra decidí hablarle y Ella respondió de modo natural, amable, familiar. ¿Qué fue lo primero que le dije? No lo sé, no lo recuerdo. Quizá le pregunté la hora o pedí permiso para tomar un libro de su mesa. En las primeras horas de la noche estábamos hablando en una de las bancas del parque de Envigado. A partir de ese día mis salidas de casa tuvieron como destino cada vez menos la biblioteca y cada vez más las calles, tiendas y lugares de ella. Fue mi Dulcinea, mi Beatriz, mi Eurídice, mi Remedios la Bella, mi Sonia. Le escribí sonetos al mejor estilo de Petrarca, cartas que hubiera envidiado el mismo caballero de La Mancha, acrósticos, décimas, coplas, poemas en verso libre y alguno que otro cuento en el que ella era la heroína. Mi dama los leía y los disfrutaba más con el placer de quien recibe un elogio desacostumbrado que con la fruición de quien valora o por lo menos entiende una pieza literaria. «Tan lindo», me decía después de acabar la lectura y doblaba el papel.

El proceso fue así: de las miradas pasamos a las palabras, de las palabras a las caricias, de las caricias a los besos, de los besos a los encuentros cotidianos, de los encuentros cotidianos a la pasión, de la pasión a la necesidad mutua, de la necesidad mutua a los compromisos tácitos y luego al compromiso declarado: nos hicimos novios. Yo gozaba de su universo de bailes familiares, chismes de barrio y preocupaciones cotidianas. Un universo que había estado a una cuadra de mi casa toda la vida, pero al que nunca me había acercado porque permanecía absorto en mis deliciosas y largas conversaciones con los hombres de los libros. Ella a su vez se entretenía con mis palabras, le parecía distinto y original (a pesar de lo anacrónico) mi modo de hablar y de ver las cosas. Decía que yo no tenía los pies en la tierra, pero que así me quería. Me mostró lo que era la vida real. Me enseñó que un hombre no puede pasarse toda la vida huyéndole a la realidad en un mundo de ensueños y me hizo caer en cuenta de mi ignorancia en cuestiones prácticas.

Ante su deslumbrante racionalidad me sentí culpable, comprendí y traté de aprender. Bajé de mi nebulosa para estar al nivel de Ella, para merecerla. Un día me dijo que un hombre no se podía pasar

soltero toda la existencia, que debía asumir la realidad, enfrentar el mundo, formar un hogar y luchar por la vida. Concluí que tenía la razón y *decidí* que nos casáramos.

Repito que una de las cosas que más me admiraba de mi doncella era su prodigioso talento para resolver los asuntos prácticos. Esa maravillosa lucidez la hizo caer en cuenta, por ejemplo, de que la casa donde nací y que había pasado a ser de mi propiedad luego de la muerte del abuelo, era un desperdicio. Dijo que los dos quedaríamos excesivamente amplios allí. Propuso negociar el caserón con un urbanizador que planeaba construir un edificio y que a cambio nos ofrecía uno de los apartamentos y una cantidad de dinero con la que, según Ella, nos podríamos hacer a nuestro automóvil. Como ya dije, Ella era brillante. Su sentido común y su lógica, que parecía aprendida directamente del propio Bertrand Russell, me parecieron precisos para consolidar mi proceso de aprendizaje de la vida real.

En el nuevo apartamento no cabían todos mis libros, pero Ella dio con una solución genial: encontró un comerciante que compró una gran cantidad de los ejemplares empastados en cuero a un precio poco razonable para mi antiguo criterio lírico, pero excelente si teníamos en cuenta la crisis económica que sufría nuestro país, en el que, además, a excepción de este comprador, nadie daba nada por un libro. Pero no fue por esa razón por la que abandoné a mis viejos amigos de la infancia, la adolescencia y la adultez. Los dejé porque ya no tenía tiempo para ellos: conseguí trabajo y nunca más pude volver a leer. Aunque me hacían falta las palabras de mis viejos compañeros, acepté alejarme de ellos porque sabía que era el precio requerido para empezar a pensar como un marido de verdad. Yo sabía que esa era una de las condiciones fundamentales para mi proceso de aprendizaje de la vida real. Por otro lado, mi Dulcinea había salido una tarde en nuestro automóvil y había tenido un accidente, en el que afortunadamente no sufrió ninguna herida, pero en el que había destrozado por completo el vehículo y ocasionado daños a otros dos carros que debíamos pagar. Por esta razón mi salario era indispensable para la economía familiar y mi trabajo una circunstancia insoslayable.

Y así creo que me estaba acercando a la felicidad –nunca la sentí, pero sabía que iba a llegar cuando realmente aprendiera a vivir como un hombre aterrizado– hasta ese fatídico día en que Ella no regresó del trabajo. La esperé toda la noche sin poder cerrar los ojos. Al día siguiente incumplí mis obligaciones laborales y fui a su oficina. Me dijeron que había renunciado la mañana anterior y que se había llevado las cosas de su escritorio. Cuando volví al apartamento, descorazonado, unos hombres estaban sacando los

muebles de nuestra sala y los montaban en un camión. Corrí, presa de la ira de Hércules, y me enfrenté a los maleantes. Uno de ellos, muy aplomado, sacó del bolsillo la identificación que lo acreditaba como empleado de una gran empresa de bienes raíces y un documento con la firma de Ella en el que se comprobaba que el apartamento había sido vendido, incluido todo el amoblado, dos días antes con pago en efectivo. Miré la firma de ella durante un rato. Era su letra, inconfundible. Me quedé como clavado sobre el pavimento, sintiendo cómo el globo de goma estallaba en mi cara, cómo la bola de nieve monumental me aplastaba, cómo la hoguera atosigada de leña me calcinaba. Los hombres sacaron de nuestro apartamento una caja en la que alcancé a ver el lomo de cuero de una edición de las obras completas de Thomas Mann, la pasta de un ejemplar de la Divina Comedia y algunas hojas sueltas con las ilustraciones del Quijote hechas por Gustavo Doré. Vi pasar los libros, observé cómo montaban mi universo de ensueños en el camión de trasteos y, entonces, como un rayo lanzado por Zeus, una frase retumbó en mi cabeza: «Esta es la vida real».

Los habitantes del barrio Mesa, por cuyas calles deambulo días y noches luciendo el mismo traje raído que tenía puesto aquel día, dicen que estoy loco. Pero se equivocan. Alguna vez quisiera explicarles que no hablo solo: repito en voz baja fragmentos de libros irrecuperables. Me consuelo con el recuerdo de algunas frases que quedaron en mi memoria. Y cuando me paro en alguna esquina y a voz en cuello arengo a las gentes que pasan no digo incoherencias. Entrego un mensaje que podría salvar a más de uno: «Escuchad, hombres y mujeres ingenuos de todo el mundo. Vengo a advertiros de cosas que a lo mejor ya habéis vivido sin percataros. Vengo a preveniros, vengo a ayudaros: ¡huid de la primera mirada!».

Los amigos míos se viven muriendo

Los amigos míos se viven muriendo. Antes nos la pasábamos hable y hable de carros y carros y mujeres y mujeres. Pero a la vida se le está ocurriendo no dejar con quién conversar. Algunos han salido a cobrar una plata y los traen a los dos días. A Ramiro, el seminarista, tan serio, tan correcto, que se había organizado y todo con una pelada, se le complicó una gripa con los pulmones y no lo dejó durar una semana. Juanfer y Raúl estaban viendo por televisión Sábados Felices en la sala de la casa y llegaron en dos camionetas a interrumpirles el programa del todo. A La Monja lo vi bien peinado, cachetón y sonriendo en una moto. Había dejado de trabajar con el patrón desde que el patrón se fue de por aquí sin irse de por aquí. Le consiguieron un trabajo de policía de tránsito en Envigado y estaba juicioso. Y ahora me dicen que apareció en Las Palmas y que no tenía cachetes ni nada de sonrisa en la cara.

A este paso va a terminar uno, como Frank, llenando cuadernos viejos con las cosas que no hay a quién decirle. Porque en el Centro no hay con quién hablar. No hay caso. Uno no le importa al Centro. Cuando me dijeron lo de La Monja yo iba a coger un bus para el trabajo. «Qué falla», dije, como uno dice siempre. Pasé por la casa de La Monja y la mamá estaba en el balcón a los gritos y llorando a baldados. Los que me encontré estaban alicaídos y el barrio se volvió un punto chiquito y oscuro. Pero llegué al Centro y la gente iba para donde iba como si nada, como siempre, las oficinas abrieron de ocho a doce y de dos a seis y los carros no pararon de dar sus curvas con las ruedas a los gritos y el sol desconsiderado de la avenida Oriental siguió *chicharroneando* sin inmutarse y el cerro de cartas que tengo que repartir diario estaba esperándome sobre el escritorio de la secretaria igualito que ayer. Por eso es que a lo de los amigos uno no debería hacerle tanta alharaca.

Ese día cogí las cartas como todos los días y salí a la calle con el dolor de cabeza que me da a cada rato. Antes yo decía: «Tengo un dolor de cabeza» y no acababa de decir cuando los amigos decían: «Tomate una aspirina», «vení hagámonos en la sombrita que es ese sol». Andábamos tranquilos por el Centro, de arriba pa' abajo, por la

ceca y la meca, hablando con las muchachas, trasnochando día y noche, riéndonos de todo y gozándonos a la gente. Pero ahora yo iba por el parque de Berrío pensando: «Tengo dolor de cabeza» y la gente me daba con el codo en las costillas y me pasaba por el lado.

Repartí varias cartas y como al mediodía estaba otra vez en el parque de Berrío. Me paré en el atrio y miré la dirección del último sobre de la mañana. Lo guardé y subí por la calle Colombia con el sol en la cara, el miedo en la espalda y la gana en los ojos. Todos los que veo que andan por el Centro andan con un miedo y una gana. Miedo de que les caiga de sopetón en la nuca la mano que les va robar sus cosas y los va a dejar tristes sabiendo que no se pertenecen. Y una gana de encontrarse, al voltear la esquina, con la muchacha que le va a sonreír y va a ser la de la vida. Yo vivo siempre con el presentimiento de que en el próximo instante me va a pasar una de las dos cosas. Pero nunca me pasa ninguna.

Por eso fue que me dio miedo cuando el muchacho de los zapatos carramplones y camiseta blanca caminaba por todos los lugares por donde yo tenía que caminar. Iba como cuatro o cinco almacenes delante de mí, volteando por todos los centros comerciales por donde yo tenía que voltear al ratico y pisando exactamente las mismas aceras que yo tenía que pisar. «Ese tipo me está siguiendo delante de mí», pensé. Pero seguí porque al fin y al cabo lo mío era entregar las cartas. El tipo volteó a mirar y me vio caminar también por el mismo camino de él. Entonces aceleró el paso y cogió por la avenida Oriental que era por donde yo tenía que coger. Como a las dos cuadras volvió a mirar para atrás. Le vi la cara lívida y le noté la respiración grande. Cualquiera sabe lo que una persona con miedo puede hacer. Entonces fue que me dio miedo de que él sintiera miedo. Por eso más adelante, cuando no aguantó más y se detuvo de un momento a otro, y se mandó la mano por dentro del pantalón, yo dije: «Hasta aquí llegué» y me metí a la primera cafetería que vi. Al rato asomé la cabeza y lo vi pequeñito, varias cuadras al fondo, abriendo trocha entre la gente de la acera y mirando de vez en cuando para atrás.

Dejé la última carta para la tarde y me fui a almorzar. En el paradero había un gentío esperando. La buseta llegaba, se cuadraba al lado de la melcocha de gritos, sudores, lociones, faldas de secretaria, codos en las costillas, mochilas de estudiante, pisones en los callos, estómagos silbando y empujones; sorbía por delante un hilito de gente hasta llenarse y arrancaba todavía con un pedazo de hilo colgándole de la puerta. Me dio dolor de cabeza y pensé que mejor me quedaba en el Centro. Fui a buscar una sombrita donde sentarme tranquilo a pensar en mis cosas mientras eran otra vez las dos de la tarde. Con los amigos, cuando íbamos al Centro a

recochar, nos sentábamos en las escalas del edificio Coltejer a ver pasar la gente y a burlarnos. Compré una gaseosa y me senté en las escalas a acordarme. Estaba en esas cuando lo vi venir otra vez. Me fijé bien y sí era. Los mismos zapatos carramplones, la misma camiseta blanca, los bluyines desteñidos, el pelo siempre mojado de gomina como si se hubiera acabado de bañar. Venía con un amigo. Me dio miedo, pero me quedé sentado viendo qué hacían. Se pararon en la chaza de revistas.

—¿Tiene *El Colombiano*? —preguntó el amigo.

—¿Cuál quiere? —dijo el de la chaza— ¿*Espectador*, *Colombiano* o *Tiempo*?

—*El Espectador* —dijo el que yo conocía.

Pagaron su colombiano, se repartieron las secciones y fueron a sentarse en las escalas, un peldaño abajo de mí. Ahí sentados, dándome la espalda, les vi cara de buena gente. En la avenida La Playa apareció un escándalo. Un tipo con una camisa desbotonada hasta el estómago pasó como un volador, haciéndole desquite a todo el mundo. Detrás venían varios gritando: «¡Cójanlo!». Todos los que estábamos en las escalas nos bajamos a *noveleriar*. Alguien le puso zancadilla al de la camisa abierta y enseguida llegaron otros y le pegaron y le pegaron y le pegaron. Cuando se deshizo el tumulto volví a las escalas y me senté donde primero encontré. Miré para el lado y vi al conocido mío. Vi de reojo que me había visto y se había hecho el que no me veía. Nos dio susto a los dos, pero los dos hicimos como si nada. Volteó la cara hacia el amigo y le dijo algo al oído. El otro alzó la cabeza poniendo cara de matón y me miró sin consideración desde la coronilla hasta el dedo pequeño del pie. Yo me hice el que no era conmigo. Como que me vio cara de inofensivo porque le dio una palmadita en la espalda al conocido mío y le cuchicheó riéndose. Hablaron un rato ya sin pararme bolas. Después el amigo se despidió y se fue diciendo «así quedamos pues». El conocido mío prendió un cigarrillo y se hizo el que miraba el humo mientras me miraba a mí mirándolo de reojo y haciéndome el que miraba bajar los carros por La Playa. Así estuvimos como dos cigarrillos. Hasta que dijo como hablando solo:

—¿Qué cosas no?

Yo no contesté porque no sabía si me estaba hablando a mí. Se quedó callado un momento. Luego miró para el lado mío y dijo:

—Ya no está uno tranquilo en ninguna parte.

Se puso a ver los carros y la gente. Después dijo:

—Pero esto tiene que cambiar.

—Sí —dije yo.

Prendió otro cigarrillo y se puso como a esperar que yo dijera algo. A mí me gusta hablar, pero de ese tema lo único que podía

decir era que lo malo es que no va quedando con quién hablar. Y no lo dije.

—Pues sí —volvió a decir.

—Sí —dije yo.

Seguimos callados. De un momento a otro botó el cigarrillo sin terminarlo, se me paró al frente y me señaló con el dedo.

—¿Yo a usted no lo conozco? —me dijo el conocido mío.

—No.

—Usted era el que me estaba persiguiendo ahora.

—No —dije.

—Sí, usted era.

—No, usted era el que me estaba persiguiendo adelante de mí.

—¡Cómo se le ocurre! —dijo el conocido mío— ¿está loco?

—No —dije.

—¿Usted qué hace?

—Soy mensajero.

Me miró bien a la cara un rato, respiró y después se sonrió un poquito.

— Me llamo Frank, Frank Bedoya —dijo, y me estiró la mano.

Me preguntó con la voz ya tranquila por qué lo venía siguiendo. Le expliqué cómo fue la cosa. Entonces se rio y yo me reí. Me preguntó mi nombre y me dijo que él era diseñador. Me dijo que dentro del pantalón no tenía ni una aguja y que se había metido la mano en la cintura porque eso metía miedo. Yo me reí y le conté que nosotros también asustábamos a la gente andando en gallada y metiéndonos la mano en la cintura. Se sentó y cuando menos pensé ya estábamos conversando.

No tenía casi amigos. Solamente el que lo había acompañado a comprar el colombiano. Pero con él hablaba era de películas de cine, de cosas de libros y de música, y de la vida nada. Se sentía solo como todas las personas que veíamos pasar a esa hora por la avenida La Playa. Hablaba bonito y derecho, como si estuviera leyendo en voz alta. Me preguntó dónde vivía y yo le hablé del barrio y de todo lo mío y él me paró bolas. Nos encarretamos tanto y yo estaba tan contento que se me pasó la hora de volver a la oficina y cuando miré el reloj brinqué como un resorte y me tuve que despedir.

—¿Seguimos hablando? —me dijo.

—Listo —dije yo.

Quedamos de vernos el miércoles en las escalas de la Cámara de Comercio, a las doce.

El miércoles a las doce yo andaba entregando un paquete y salí *pitado* a encontrarme con Frank. Ahora que me acuerdo de todo eso es que digo: «Para qué gastaba tanto afán, si de todas maneras a

esta ciudad no le gusta que uno consiga amigos». Caminé volado. En todo Junín con Colombia había un muerto con su tumulto de gente. A mí me gusta ver los muertos recién muertos. A todos los que conozco también les gusta. Dicen que no, pero dejan que el muchacho acabe de dar el último balazo para ir a verle la cara al muerto. Esa vez ni siquiera paré. Del tumulto salía una *quebraíta* de sangre que llevaba el mismo camino mío. Me le pasé a la *quebraíta* de cabeza roja y redonda y seguí rápido a encontrarme con Frank.

Estaba sentado en las escalas de la Cámara de Comercio. Tenía la camiseta blanca limpiecita, el bluyín desteñido, los zapatos carramplones y el pelo engominado. Estaba igualitico. Como si nos hubiéramos encontrado la vez anterior otra vez. Me saludó muy contento y yo me sentí en confianza. Cuando se paró quedaron varios libros y un cuaderno sobre el peldaño donde estaba sentado. Los recogió y nos fuimos andando por la Oriental, hablando de muchas cosas sin que se me pasara por la cabeza el sol que hacía.

Fuimos a almorzar a un negocio del Centro. Mientras comía me fue diciendo sus cosas. A los amigos que tenía se los habían llevado las familias corriéndole a las bombas, trabajaba en una empresa haciendo dibujos en la pantalla de un computador, vivía yendo a cine todas las noches, andaba por el Centro viendo a la gente y dándose cuenta de que con él estaba él nomás, mantenía la cabeza llena de palabras para decir y las escribía en un cuaderno. Cogió el cuaderno y me lo pasó. Era lleno de delfines de todos los colores y todas las formas, y había también escritos en todas las hojas.

—Leé tranquilo —me dijo.

Decía cuestiones de los papás que no lo comprendían y de la falta de gente y de qué vaina este país y del amor que tendría que llegar y cosas por el estilo. «Este tan distinto sí que es igualito a mí», pensé, pero no lo dije.

—¿Te gustan mucho los delfines? —le dije mirando el cuaderno.

—Me obsesionan —me contestó.

—Vos sos como poeta, ¿cierto? —le dije.

Gagueó un rato y al final me dijo que no, pero que tenía su mundo propio y yo le contesté:

—Ah, bueno. —Sin ponerme a entender mucho.

Luego hablamos de las peladas y cuáles nos gustaban más, si las monas o las morenas, y él a cada cosa le sacaba un discurso con su modo de hablar bonito y a mí me gustaba eso. Cuando iba siendo la hora del trabajo nos despedimos y yo me fui para la oficina y me acuerdo que la secretaria me dijo que de dónde había sacado esa sonrisa. Nos seguimos viendo. Una vez que nos encontramos yo iba con el sol y el dolorcito de cabeza. Le conté. Dijo que fuéramos a una tienda. Se arrimó al mostrador y volvió donde mí y me entregó

dos aspirinas. Otro día apareció con un libro de poesías y me lo regaló. En la primera hoja que tienen los libros donde no hay nada escrito dibujó un delfín azul y escribió una cuestión sobre la amistad y lo buena gente que yo era. Nos empezamos a mantener pa'rriba y pa'bajo. Íbamos al barrio mío a caminar y a los cines de él a ver películas interesantes y a una taberna del parque del Periodista a tomar cerveza, y a hablar de las peladas y de los problemas y de todo. Esa es la época en que he estado más contento últimamente. Pero todo duró hasta el día en que quedamos de encontrarnos y Frank no llegaba. Por eso es que no me canso de decirme: «A lo de los amigos no hay que hacerle tanta alharaca. Aquí no dejan y listo».

Yo estuve a las ocho de la noche en la taberna donde tomábamos cerveza. Él siempre llegaba antes y ya eran las ocho y media y nada que aparecía. Me puse a reparar a la gente de las otras mesas y me pareció que tenían su parecido con Frank. Había muchos zapatos carramplones y mucho pelo engominado. Hablaban cosas importantes y las decían despacio, pasito y mirando bien al otro. La música era lenta, en inglés y daba frío. Oyéndola me dieron ganas de que lloviera. La luz estaba a media luz y la gente parecía como contenta de estar triste.

Ya iban siendo casi las nueve cuando me cansé de esperar y me paré para irme. Frank apareció en la puerta y me pegó tremendo abrazo. Pidió más trago y nos sentamos. Me dijo que había estado muy nervioso toda la tarde y que se había quedado tomándose unos rones para poder venir. Le pregunté que qué le pasaba, que para eso estábamos los amigos.

—Es una cosa en la que nadie me puede ayudar —me contestó.

Yo estoy acostumbrado a que mis amigos se metan en unos enredos de los que no los saca ni Mandrake, entonces entendí. Brindamos y Frank brindó por el amor, aunque tan duro. A los varios rones comenzó a hablar inspirado. Brindaba y decía versos. Me abrazó y me dijo todo lo que me estimaba.

—He escrito mucho en estos días —dijo y me pasó el cuaderno de los delfines— Mirá esto.

Levanté el cuaderno para poder ver. En la última página había escrito:

Lo has oído bastante:
«El mundo es un pañuelo».
Pero tú y yo estamos bordados
en las puntas opuestas. Y este pañuelo, amor,
permanece tirado al lado de la vía y nunca nadie
se dignará doblarlo.

—Muy bonito. Y luego decís que no sos poeta —le dije y me paré al baño.

Cuando volví, Frank estaba pensativo mirando el vaso de ron. De un momento a otro se echó otro discurso y me volvió a abrazar. Pero no me soltó rápido, sino que me dijo con el tono con que uno pide plata prestada:

—Dame un beso. —Yo me le solté.

—Por favor dame un beso, necesito que me des un beso, yo te amo —me dijo y se le estaban saliendo las lágrimas. Arrancó del cuaderno la hoja del poema y me la estiró. Ahí mismo yo me paré de la mesa.

—Es para vos, recibila por favor —me dijo.

Recibí la hoja sin pensar que la estaba recibiendo y salí caminando rápido con ganas de llorar de la rabia con esta puta ciudad a la que se le metió en la cabeza que uno no puede ni siquiera conseguir un amigo. Frank salió detrás de mí tambaleándose.

—¡Manuel! —me gritaba— ¡Tenemos que hablar, tenés que entenderme!

Yo seguí derecho, sin mirar para atrás, haciendo un zurullo con la hoja del poema. Siguió detrás de mí varias cuadras pisando exactamente las mismas aceras que yo pisaba.

—Manuel, por favor. —Lloraba y decía las cosas con todas las ganas—. Vos sos la única persona con quien me siento bien, yo te amo, dejame hablarte.

Aumenté el paso y al rato sentí que ya no me seguía. Volteé la cara y lo vi recostado en un poste y llorando. Se separó del poste, le dio una patada y gritó:

—¡Hijueputa… lo que nos mató fue este viaje al mundo!

Entonces me paré, me volteé del todo y lo miré ya sin rabia, más bien con desánimo.

—¡Y la quedada! —le grité y seguí caminando a coger el colectivo para mi casa.

Todo me suena a tu voz

Para Morris

Al teléfono no le daba la gana de sonar. Jaime Obando dejó de mirarlo y tomó una de las revistas que había sobre la mesita. Pasó las hojas y la volvió a colocar sobre la mesa. Observó el reloj: eran las cuatro y quince p. m. Encendió el televisor y recorrió varios canales. Un pito intermitente empezó a sonar. Jaime se mandó de un tirón la mano a la cintura. Tomó el *beeper* y hundió el botón del mensaje. Los dedos de la mano derecha apretaron con fuerza el aparato. Sobre la pantalla apareció un texto: «Jaime, llamaron los de Construir S. A. por lo del comercial. Llámame a la casa. Ricardo». No acabó de leer el mensaje. Enganchó el beeper en la correa del pantalón. Apagó el televisor y volvió a sentarse al lado del teléfono. Tamborileó con los dedos sobre la mesita de la sala. El sonido de un escuadrón de caballería desplazándose sobre la mesa de madera lo entretuvo unos segundos. El teléfono no sonaba. Volvió a sacar el *beeper* del estuche y miró la pantalla. Todavía estaba el mensaje de Ricardo, y la fecha: mayo 29.

* * *

Un mes antes, el jueves 30 de abril, a las 7 p. m. había aparecido en la pantalla un mensaje: «Llamar a Claudia urgentemente al 4678328». Contestó el mensaje de inmediato. Llevaba varias semanas sin ver a Claudia. El trabajo y los afanes de cada día nos van distanciando imperceptiblemente de los amigos. Marcó el número.

—Aló.

—Buenas tardes, tan amable Claudia.

—Con ella. —Era una voz suave. No era Claudia.

Jaime se quedó un momento en silencio. Levantó el beeper *y volvió a mirar el mensaje en la pantalla.*

—Usted me puso un mensaje para que la llamara urgentemente.

—¿Es de parte de Rodrigo? —preguntó Claudia (aunque no era Claudia). Una voz sin asperezas, limpia, apacible.

—No, me llamo Jaime. Usted me envió un mensaje al beeper. *Al otro lado de la línea hubo un silencio.*

—Ay, qué pena, señor. Lo que pasa es que necesito hablar con un amigo y creo que envié el mensaje a un código equivocado.

—Ahora en la disculpa la voz tenía un tono infantil. Una voz como un bálsamo.

Jaime cerró los ojos.

—¡Qué casualidad!, mi mejor amiga se llama Claudia —dijo.

—Discúlpeme por favor.

—¡Oiga! —Se apresuró Jaime— Si tiene algún problema… y yo puedo ayudarle…

—Muchas gracias.

—Es sin ningún interés —recalcó Jaime.

—Muchas gracias.

La voz de Claudia no se oyó más.

—Este es el 3281534 —alcanzó a decir Jaime. Descargó la bocina y se quedó mirando el teléfono.

* * *

Y ahora al teléfono no le daba la gana de sonar. Jaime dejó de mirar la pantalla. Guardó el *beeper* y llamó a Ricardo.

—Llamaron de Construir S. A., tú quedaste de entregar ayer la cuña de radio —dijo Ricardo.

—No la he terminado.

—Tú sabes que es nuestro mejor cliente.

—¡A la mierda los mejores clientes!

—¡Jaime! No sé qué te pasa, pero si vas a mezclar tu vida personal con el trabajo vamos a terminar todos jodidos.

Jaime colgó. Fue a la cocina y se sirvió un vaso de ron. Volvió a la mesa del teléfono y comenzó a marcar. Desistió en la cuarta cifra. Caminó hacia el balcón. Se recostó en la baranda, dio la espalda al paisaje y miró el interior de su apartamento. En la pequeña sala estaban el televisor, tres sillas pláticas, la mesita con las revistas y la mesa del teléfono. Colgados de la pared, varios facsímiles enmarcados con cuadros de pintores famosos. A un lado de los cuadros el diploma que lo acreditaba como publicista del Instituto de Artes de Medellín. Más allá, la pequeña cocina y la puerta de su habitación. Unas paredes, unos objetos, unos electrodomésticos, nada más. Dio la vuelta y miró los árboles del frente y entre los árboles, todos los edificios residenciales, las urbanizaciones creciendo, haciendo cada vez más difícil poder ver las montañas del

fondo. Inclinó el cuerpo hacia adelante y apoyó los codos en la baranda. Era ya una costumbre: mirar desde el balcón los edificios, los carros que cruzaban por la avenida, los niños que jugaban en la zona verde de la urbanización. Mirar y no pensar en nada.

* * *

Así, inclinado en el balcón, estaba tres semanas atrás, el miércoles 6 de mayo, a las ocho de la noche, cuando sonó el teléfono. No esperaba, no deseaba llamadas. Dejó que repicara varias veces. Cuando el sonido chillón del aparato se hizo molesto, separó los codos de la baranda y fue a contestar.

—¿El señor Jaime se encuentra?

Reconoció la voz de inmediato. Era Claudia (la que no era Claudia).

—Con él.

—¿Sabe con quién habla?

—¡Ahá!

—Discúlpeme, llamé porque usted me dijo que podría ayudarme si tenía un problema… sin ningún interés.

Jaime apretó el auricular hasta maltratarse la oreja. Escuchó el tono inseguro y sonrió.

—Sí… y es verdad —contestó.

—Es que necesito hablar con alguien.

—¿Qué le pasa?

—Nada.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Ese, que no me pasa nada.

No le pasaba nada. Trabajaba como secretaria en una distribuidora de abarrotes y vivía con su mamá. Quería hablar con alguien. Hablar de verdad: de lo que a uno le pasa, de los miedos, de los sueños, de las cosas tristes y alegres. Cuando escuchó a Jaime tuvo la intuición de que con él era posible.

—Yo también —dijo Jaime.

Hablaron una hora y media. Al día siguiente, cuando entraba a su oficina, Jaime sintió el pito intermitente en la correa del pantalón. Miró el mensaje: «Ayer en la tarde me empezaron a crecer alas». Sonrió. Colocó el beeper *en el estuche y empezó a revisar una ringlera de papeles con el membrete: «Construir S. A.» que tenía sobre el escritorio. A las diez de la mañana dejó los papeles a un lado, se puso de pie, sacó la billetera y revisó una por una varias tarjeticas personales llenas de letras y números escritos con letra afanada en el reverso. Tomó una de las tarjetas y marcó el número. Hablaron veinte minutos. A las doce del día recibió otro* beeper. *Era un mensaje que hablaba de la felicidad de encontrar a la persona con la que uno había soñado hablar toda su vida.*

* * *

Ahora, en el balcón, recostado a la balaustrada, con un teléfono al que no le daba la gana de sonar, con un *beeper* que solo guardaba un mensaje de negocios, con un apartamento que solo albergaba objetos, Jaime se inclinó hacia delante y miró hacia abajo. Eran siete pisos.

* * *

Había sido un día de suerte. Además de las llamadas de Claudia, en las horas de la tarde llegó un fax anunciando que la agencia había ganado el concurso para manejar toda la publicidad de un emporio de ingenieros constructores. Esa misma noche Jaime debió viajar a Bogotá para adelantar las gestiones del contrato. Durante la semana que pasó en Bogotá habló tres o cuatro veces cada día con Claudia (la que no era Claudia). En las noches, después de su trabajo, se iba temprano al hotel y la llamaba. Hablaban una o dos horas.

Regresó de Bogotá el miércoles 13 de mayo, a las doce del día. Lo primero que sintió al entrar a la oficina fue la vibración del beeper *en su cintura: «Hoy, además de tu voz, tendré tu rostro». Tomó el teléfono, habló con ella un instante y confirmó el lugar y la hora para el encuentro de la noche. Luego se acomodó en su escritorio y se dedicó a los papeles. Al finalizar la tarde Ricardo llegó hasta su escritorio con el rostro desencajado.*

—Se borró la propuesta que vamos a mandar a Bogotá —dijo.

—¿Qué?

—Que se borró la propuesta, en serio, un virus en el disco duro —dijo Ricardo—. Tenemos que repetirla.

Jaime permaneció en silencio y miró el beeper.

—Imposible, tengo una cita…

—Tú sabes que de este contrato depende nuestro futuro.

Jaime se puso de pie, dio varias vueltas por la oficina y luego tomó el teléfono. Pospuso la cita para el día siguiente, a la misma hora, en el lugar acordado y prometió llamarla más tarde.

Al día siguiente los papeles de Construir S. A. lo tuvieron enredado hasta las ocho de la noche. Llegó al bar con media hora de retraso. Ella no estaba. En el local a media luz solo había tres parejas dispersas. Al fondo, un hombre con la corbata mal acomodada cantaba en voz baja el bolero que salía de los bafles. En otra mesa había una mujer rechoncha con una cachucha de detective que daba la idea de un payaso en su noche de descanso. En la barra, un hombre gordo pedía más cerveza. Jaime se sentó junto al hombre gordo. Pidió un trago y volvió a mirar

cada una de las mesas. «No se pudo haber cansado de esperar», pensó. Se disponía a preguntarle al barman si allí había estado una mujer de tales características, pero descubrió que no sabía cuáles eran las características. Se inclinó sobre la barra y pidió una moneda para el teléfono. En ese momento oyó la voz a sus espaldas.

—¿Jaime?

Giró con la respiración detenida y dispuesto a dar el abrazo que no había dado en toda su vida. Pero Claudia no estaba allí. La que estaba parada frente a él era la mujer rechoncha de la cachucha de detective. Jaime iba a aclarar el malentendido, cuando la mujer volvió a hablar.

—¿Por qué te demoraste tanto?, me tenías penando —era la voz de Claudia. Pero esta mujer no era Claudia (la que no era Claudia).

—¿Nos sentamos? —volvió a decir con su voz y Jaime no pudo decir nada.

Se puso de pie como un autómata y la acompañó hacia la mesa que ella había ocupado desde el principio. Se sentaron y la mujer le tomó las manos. Sobre esa cara redonda Jaime vio unos ojos pequeños y una amplia sonrisa de felicidad sincera. No fue capaz de retirar las manos. Dejó que ella las tuviera entre las suyas mientras lo miraba y hablaba despacio, con ese tono seguro, con esas palabras bien escogidas, con esas frases fluidas y perfectas. Jaime cerró los ojos por un instante y escuchó la voz que en ese momento hablaba de la soledad que se había derretido con el calor de tu compañía. Así, con los ojos cerrados, volvió a encontrarse con Claudia. Escuchó con atención. Bajó la cabeza sin abrir los ojos y en esa posición habló él también. Le habló a Claudia. Le dijo cosas que solo dicen los que han escuchado una voz que se mete por el oído y va a incrustarse en la base de todo. Entonces dijo que todo: su trabajo diario, su apartamento, sus tres sillas plásticas, su mesita con revistas, su mesa del teléfono, su habitación, sus calles cotidianas, hoy en día eran otra cosa. Su vida estaba más grande.

Mientras hablaba, con la cabeza de frente a la superficie de la mesa y los ojos ciegos, sintió una suave presión sobre sus dedos. Recordó que unas manos estaban apretando las suyas. Abrió los ojos y levantó la cabeza. Claudia no estaba. Volvió a encontrarse con la mujer rechoncha. Quiso pararse y salir corriendo, pero la sonrisa franca y los ojos brillantes de la mujer le inspiraron un respeto que lo mantuvo sentado. Esperó unos segundos y luego dijo, tratando de ser lo más natural posible, que estaba muy atrasado con el trabajo de Construir S. A., ¿te acuerdas? Se había volado del trabajo para verla, pero ahora tenía que regresar. Miró el reloj y se asombró de lo tarde que estaba. Se puso de pie y sin dar tiempo para una despedida larga, la besó en la mejilla, la abrazó rápidamente y salió apresurado.

* * *

Jaime miró hacia abajo. Siete pisos lo separaban del suelo. Respiró profundo y con un movimiento intempestivo dio vuelta y caminó hasta la sala. Fue hasta la mesita del teléfono y marcó el número completo. Escuchó la secuencia intermitente de tonos débiles y fuertes que salían de la bocina. Eran como bolitas grandes y pequeñas que corrían por la línea telefónica y se encajaban en su oído. El teléfono al que había marcado estaba repicando en ese momento. Con los dedos de la mano libre tamborileó sobre la mesita. Los tonos fueron interrumpidos por el sonido de un aparato que se descarga. Apareció la voz:

—Aló.

—¿Claudia?

* * *

Jaime salió del café y volvió a la oficina. Se sentó en su escritorio, buscó trabajo para adelantar y se dedicó a él con rigor. Trabajó hasta las tres de la madrugada. En la mañana, a las ocho en punto, estaba de nuevo en su escritorio. El beeper *sonó. Miró el mensaje. Era Claudia. Abrió el cajón inferior, depositó el* beeper *y cerró el cajón. Se inclinó sobre los papeles y empezó a escribir. Se detuvo, tomó el teléfono y llamó a la secretaria. Pidió que no le pasaran llamadas de mujeres. Colgó y volvió a los papeles. Trabajó todo el día: trataba de escribir frases que dijeran que la compañía Construir S. A. era la mejor del mundo. Pero en la mitad de cada intento le resonaban unas palabras en la cabeza: «Nada es lo mejor del mundo». Al final de la tarde la secretaria le entregó una hoja llena de recados. Había un mensaje de su mamá y varias razones de Claudia. En la noche, cuando llegó a su apartamento, el teléfono repicó varias veces. No contestó.*

Al día siguiente continuó escribiendo frases. Al final de la tarde solo había un mensaje de Claudia. Cuando llegó a su apartamento se sentó frente al televisor. Dio un paso rápido a los canales, apagó el aparato y fue al balcón. Volvió a la salita y se sentó. Se paró, fue a la cocina, comió algo rápido, volvió al televisor, luego al balcón y finalmente se metió en su habitación y se acostó a dar vueltas en la cama. El teléfono sonó. Jaime se puso de pie y fue a la sala. Se quedo parado viéndolo repicar. Dio un paso adelante. Luego dio vuelta y volvió a revolcarse en la cama.

Claudia desapareció. No hubo más recados y el beeper *solo traía mensajes de la mamá, de los clientes y de Ricardo.*

Dos semanas después del encuentro en el café Jaime estaba en su oficina tratando de escribir frases ingeniosas para los ingenieros. Luego de tachar un renglón soltó el lapicero y apoyó los codos sobre el escritorio. Miró la oficina: era solo una oficina. Miró el calendario sobre

el escritorio: 29 de mayo. Vio sus días convertidos en cuadritos marcados con un número: horas que transcurrían mientras él hacía un trabajo que era solo un trabajo. Sin darse cuenta, tenía el beeper *en la mano. Miraba la pantalla con insistencia. Llamó a la secretaria y preguntó si le habían dejado mensajes esa mañana. Se puso de pie y, a una hora inusual, se fue a su apartamento.*

Abrió la puerta y miró el teléfono. Se sentó frente a él. Esperó. Pero al teléfono no le daba la gana de sonar. Dejó de mirarlo y tomó una de las revistas que había sobre la mesita. Pasó las hojas y volvió a colocarla en la mesa. Observó el reloj: eran las cuatro y quince p. m. Encendió el televisor…

* * *

—¿Jaime? —Era su voz, la voz.

—¿Cómo estás? —titubeó Jaime.

—¿Y ese milagro que apareció? —No era un reproche. La voz tenía un tono de sorpresa natural.

Jaime tomó la bocina con las dos manos, como si fuera a decir un secreto.

—Quería hablar con alguien.

—¿Te pasa algo? —dijo Claudia (la que no era Claudia). Él inclinó la cabeza hacia el lado izquierdo y apretó la bocina entre el hombro y la oreja. Con la mano izquierda dobló los dedos de la derecha y los hizo sonar.

—¿Qué te pasa? —repitió Claudia.

—Nada.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Ese… que no me pasa nada… que quería oírte —balbuceó Jaime.

—Y eso, ¿por qué querías oírme?

—Porque sí… porque quiero oírte… porque quiero hablar contigo.

—¿Pero por qué?

—Pues… porque ahora, en este momento que te estoy oyendo me siento bien… y quiero oírte más… uno necesita hablar de uno y de los sueños y del miedo y de la vida y todas esas cosas…

Al otro lado Claudia se rio. Una risa pequeña. Como de quien no comprende, alza los hombros y arquea la boca.

—Es verdad —dijo Jaime.

Claudia no respondió. Jaime volvió a tomar la bocina con las dos manos y habló como a empellones.

—Es verdad… esta semana ha sido como un hueco… nada me sabe a nada… me falta una cosa… necesito oírte, no estar solo… en

este momento, ahora, ya respiro…

Dijo la última frase casi gritando y al terminar respiró hondo y se sentó en la sillita del lado del teléfono. Luego de unos segundos se oyó la voz de Claudia. Dijo la frase casi en silencio, como quien habla a oscuras:

—Yo también.

Estaba inclinado hacia delante. Una mano sostenía la bocina y la otra se apoyaba sobre la rodilla derecha. El eco de la frase reverberó en su cabeza. Era el mismo tono de voz de las llamadas y el mismo tono de voz del encuentro en el café.

—¿Entonces qué hacemos ahora? —preguntó Claudia (la que no era Claudia).

—No sé.

—Encontrémonos esta noche y hablamos, quiero verte —dijo la voz de Claudia y la voz de la muchacha del café.

Jaime palideció. Las facciones de su rostro se recogieron como si alguien le diera punzadas. Con la mano derecha hizo sonar los dedos de la izquierda. Estuvo en silencio un largo rato antes de contestar.

Los malditos gatos jugando en el techo

El ruido vino del techo. Volteó la cabeza y miró el maletín sobre el nochero, al lado de la cama. Pensó levantarse y salir a averiguar la causa, pero desistió. Tal vez eran meras ocurrencias suyas. Giró el cuerpo, abrazó la almohada y volvió a los esfuerzos por dormir. Afuera, luces multicolores explotaban en el cielo y se desperdigaban formando sombrillas refulgentes. De la calle llegaban voces exaltadas, música de parranda y estallidos de pólvora. Eventualmente una voz infantil gritaba: «¡A mí ya me trajo!», y luego se oían voces de niños que llegaban de varias partes acercándose al lugar del grito.

Pero el insomnio de él no tenía nada que ver con la bullosa alegría de afuera. La felicidad estridente de los niños recibiendo el regalo que habían esperado todo el año no le impedía dormir. Tampoco eran obstáculo para su sueño el estallido de las papeletas ni el *chucuchucu* de los discos bailables. No lo habían vuelto a molestar los resplandores pirotécnicos que al principio de la noche se filtraban por la ventana. Media hora antes se había parado de la cama, había revisado el maletín comprobando la presencia de los billetes y luego había colgado una cobija gruesa de los clavos que sostenían la cortina. Asunto solucionado. La habitación había quedado en una penumbra inmodificable.

Además de la música guapachosa, otras músicas completaban la algarabía externa. De una grabadora ubicada quién sabe dónde salía un villancico. El hombre aguzó el oído tratando de reconocer qué tema era. Pero el «ruido» irrumpió otra vez, en primer plano, opacando todos los sonidos de la calle. En esta ocasión se oyó claramente el resquebrajamiento de una teja. Entonces el hombre se tiró de la cama y alcanzó el nochero donde reposaba el maletín. Allí estaba su vida en billetes: el producto de veinte años de trabajo, organizado en fajos gruesos. Papeles verdes, al alcance de la mano, listos para ser tocados, conservados y quizás invertidos en algo seguro. Su pasado y su futuro dispuestos en hileras dentro del maletín. Pero en una ciudad, todos sabemos con cuánta facilidad

cualquiera puede arrebatarnos el pasado y el futuro en un instante.

Sacó el cajón del nochero y tomó el revolver con las dos manos. Caminó hasta la puerta que daba a la sala y la abrió, tembloroso. La salita estaba iluminada por los focos intermitentes de un balcón vecino. Por la pequeña ventana ubicada en el techo, a manera de claraboya, solo entraba la débil luz de la luna menguante. Todo estaba en completo orden. El hombre se quedó parado un instante escuchando el estruendoso silencio del apartamento en medio del jolgorio de la calle. Caminó de lado, con el revólver al frente, hasta llegar a la ventana que daba a la calle principal. Desde allí levantó el arma y apuntó al tragaluz esperando que el ruido se repitiera o que apareciera una figura humana dispuesta a meterse en el apartamento. No hubo ruido ni apareció nadie.

El hombre tomó varias bocanadas profundas de aire y se apoyó en el borde inferior de la ventana. Miró hacia la calle para no sentirse tan solo y la respiración jadeante dejó un parche opaco en el vidrio. A través del parche observó las hileras de bombillos de colores en los balcones vecinos. Hombres y mujeres con pasos trastabillantes y botellas en la mano recorrían la calle abrazados, gritando incoherentes palabras de regocijo. En la acera de enfrente un grupo de niños apresurados se reunía alrededor del juguete vistoso de un hijo de familia madrugadora, donde la deidad decembrina se había adelantado. Volvió a ser consciente de la voz ahogada del villancico. Ahora lo reconoció: *zagalillos del valle, venid; pastorcillos de bosque, llegad; la esperanza, la gloria y la dicha, ya vendrán, ya vendrán, ya vendrán.* Le traía recuerdos de la infancia. «Ya vendrán, ya vendrán, ya vendrán», repitió en voz baja. Tratando de prolongar su estadía junto a la ventana buscó la procedencia de la música. La melodía salía de una grabadora maltrecha, puesta sobre la acera, en la casa de la esquina. Afuera de esa casa varias personas bailaban. El frente estaba lleno de serpentinas y en las ventanas colgaban dos grandes adornos de *icopor*. Uno representaba a varios venados en gran carrera, arrastrando un trineo lleno de regalos. El otro era la figura, perfectamente moldeada, de un hombre alto, gordo, de barriga prominente, con un gorro rojo sobre su cabellera larga y blanca, y una barba abundante y esponjosa como hecha con espuma de afeitar. En el rostro resaltaban unos ojos claros, limpios y una gran sonrisa de hombre bueno. Le pareció un poco estúpida la idea de un hombre, en pleno siglo XX, trabajando un año entero y viajando desde el Polo Norte para repartir en una noche decembrina el producto de su trabajo, sin cobrar un solo peso.

Sosegó el ánimo y sonrió. Se dirigió, calmo, a su habitación. Había dado dos pasos cuando el sonido irrumpió una vez más, esta

vez junto a la ventanilla del techo. Súbitamente el hombre corrió hacia la habitación y volvió a salir esgrimiendo la pistola con la mano derecha. Había sacado el maletín y lo apretaba al pecho con la mano libre. En la salita todo seguía en orden. No había a quién dispararle. Con la boca del arma apuntando al techo dio pasos cautos y vacilantes por toda la sala. Tumbó con los pies los sillones y la mesa buscando un asaltante escondido. Cuando comprobó que no había ningún intruso se detuvo en mitad de la sala y se limpió el sudor de la frente con el envés de la mano. Volvió a respirar hondo y tuvo un momento de lucidez: «Los malditos gatos jugando en el techo». Se vio a sí mismo con los nervios crispados, jadeante, ridículo, víctima de una ficción construida por él mismo. «Todo está en la mente», pensó. «Uno puede hacer de su vida un paraíso o un infierno». Se fue a la cama tratando de pensar en cosas agradables: el villancico, la infancia, el hombre bonachón vestido de rojo, la independencia económica y el capital que ahora tenía. Pensó en el futuro y en el bienestar, en inversiones y en utilidades. Esos pensamientos lo arrullaron y le dieron el letargo que había deseado desde el principio de la noche.

El ruido vino del techo de la sala. Esta vez era una evidente quebrazón tumultuosa de tejas. Luego se oyó el chirriar de la bisagra oxidada anunciando la apertura del tragaluz. Instante seguido fue el golpe blando de algo que cayó entre las sillas desparramadas de la sala. El hombre saltó de la cama con los ojos tan abiertos como dos bolas de billar a punto de salirle de la cara. Apretujó la maleta y con la respiración atosigada y la mano temblorosa asaltó la sala. Disparó tres o cuatro veces antes de cruzar la puerta. Una vez en la sala disparó varias veces más a la deriva hasta ver el bulto yaciendo en la alfombra y oír desaparecer los últimos quejidos. Bajó la mano. Respiró profundo. Se acercó, trémulo, y vio el cuerpo. Era un hombre alto, gordo, de barriga prominente, con un gorro rojo sobre la cabellera larga y blanca. De su frente salía un hilito grueso y escarlata que bajaba hasta la alfombra y empezaba a formar un charco. La mano derecha todavía apretaba con fuerza un costal del que habían salido varios paquetes dispersos en el suelo. El papel regalo empezaba a mancharse de rojo. Afuera, las luces de colores aumentaban su intensidad. Los gritos de alegría y el volumen de la música eran cada vez más altos.

Anoche me acechaba un objetivo

Desde que ingresé a la nómina de la COCOCOCO (Corporación para la Coordinación de Comités de trabajo Comunitario en las Comunas) mi vida ha sido una constante entrega, generalmente a costa de mi propio tiempo –que lo diga mi mujer– a la causa de los más pobres. El espíritu filantrópico que palpitaba en mí desde niño encontró la posibilidad de realizarse cuando fui nombrado funcionario de la COCO, como abreviadamente y con cariño nos referimos mis compañeros y yo a nuestra entidad.

Mi escritorio está lleno de documentos. Algunos los ha escrito gente muy inteligente que escribe sobre los pobres y que yo leo muy admirado. Otros los he escrito yo después de haber leído los que son escritos por esas personas inteligentes que yo tanto admiro. Me pagan muy bien para que todos los días escriba muchas hojas que después separo por montoncitos. Al completar cada montoncito le escribo una portada y le pongo un clip. Cada uno de esos montoncitos así organizados se llama Un Proyecto.

Todas las mañanas llego a mi oficina a las ocho en punto, sirvo un tinto y me clavo en el escritorio a machacar Objetivos Generales y Específicos. Para que el lector lego en estos asuntos se haga una idea de lo que es un objetivo pasaré a dar un ejemplo:

Objetivo general:

Elaborar un diagnóstico que dé cuenta de los ítems que configuran el contexto social dentro del cual se inscribe la problemática específica de las comunidades involucradas en las dinámicas transaccionales de la cultura popular.

Pues bien, eso es lo que yo escribo todos los días desde las ocho de la mañana hasta las seis, siete, ocho, nueve o diez de la noche. Pero no solo eso escribo. También redacto Justificaciones, que son cosas parecidas a un objetivo, pero mucho más largas, con un estilo más coloquial y un toque más publicitario. Y Marcos Teóricos, que son parecidos a las Justificaciones, pero mucho más largos y con frases encerradas entre comillas que yo saco de los documentos escritos por esas personas inteligentes que admiro tanto. Pero, de todos modos, los más absorbentes son los Objetivos. Me he pasado

un día completo buscando la palabra precisa para empezar a darle vida a uno de ellos. Empiezo escribiendo «fomentar» y luego lo cambio por «promover», tacho y anoto «motivar», aplico el corrector del frasquito blanco y pongo encima «estimular» y después borro y pongo otra y otra y otra palabra terminada en «ar», «er» o «ir», hasta que me recorro todo el *Pequeño Larousse* y termino llorando recostado sobre el escritorio y compruebo lo doloroso que es trabajar por la construcción de un país mejor.

Anoche, después de abandonar la oficina a las diez de la noche, llegué a mi casa con una gran preocupación porque a esas alturas debía tener listos cinco montoncitos con su portada y su clip, y solo había podido terminar tres. Mi mujer, que a veces se cansa de no verme en casa, me dijo, poniéndose un poco roja y tirando al suelo las boletas que tenía reservadas para el concierto de la Orquesta Sinfónica, que estaba bien que llegara tarde, pero que encima de eso llegara haciendo malacara y sin hablarle ni a los hijos, ya era el colmo.

—En el contexto —le contesté— de nuestra relación, querida, habíamos preestablecido desde el principio unos espacios de autonomía relativa. Fue una decisión producto del consenso, socializamos nuestros respectivos puntos de vista y definimos, dejando de lado presupuestos machistas, feministas o de cualquier tipo de dominación, que cada uno contaría con su segmento de libertad. Además —seguí diciéndole mientras la miraba con ternura — tu reacción beligerante, intolerante, ante el conflicto, cierra las posibilidades del diálogo y la negociación.

Luego rematé diciendo:

—Por eso este país está como está. —Y con la mirada al frente me dirigí directamente a nuestra cama matrimonial, donde caí como una piedra.

Soñé que andaba por una calle oscura en una noche lluviosa. Caminaba preocupado, tenso, pero no sabía por qué. De pronto, al voltear una esquina, apareció una figura pesada y oscura, con las manos puestas en jarra y mirándome fijamente con gesto de reproche. No tuve que hacer esfuerzos para reconocerlo: era un Objetivo General. El pánico se apoderó de mí y antes de emprender carrera alcancé a oír que me decía: «Me planteaste mal». Tenía piernas largas y mucha más agilidad que yo. Crucé calles y avenidas con toda la velocidad de mis piernas enclenques y el Objetivo General cada vez estaba más cerca de mi espalda.

De pronto, al entrar en un callejón estrecho, vi un nicho en la pared y allí me refugié. El Objetivo General pasó de largo y cuando lo vi perderse al final de la calle respiré profundo y salí del escondite. Pero, ¡destino cruel!, una vez afuera el Objetivo General

volvió a aparecer, esta vez acompañado por una horda de seres enjutos y con voces chillonas. Era un batallón de Objetivos Específicos. La jauría me persiguió por toda la ciudad. Recuerdo que pasé por mi oficina, por mi apartamento, por el club, por la casa de mi mamá y en todos los lugares los Objetivos Generales y Específicos me acosaban y me obligaban a seguir corriendo. Al final de la noche decidí rendirme y caí exhausto en una acera de la avenida Oriental. Los Objetivos General y Específicos formaron a mi alrededor un círculo que se iba estrechando cada segundo.

Cuando empezaba a ahogarme, mi mujer me despertó. Desayuné sin decir una sola palabra. Estaba cansado y temeroso por el complot de los Objetivos. Afortunadamente, mi mujer y mis hijos respetaron mi espacio de autonomía relativa y no me preguntaron nada. Como todos los días, después de desayunar bajé al garaje y me dispuse a encender el carro para calentar motores mientras mi hija Clemencia se cepillaba los dientes. Al darle *switche* el carro no encendió. Tuve que hacer por lo menos cinco intentos hasta que el motor por fin se puso en marcha. Esto nunca me había sucedido y el sueño de la noche anterior volvió a mi cabeza. Dejé a Clemencia en el colegio y continué mi ruta cotidiana hasta la oficina.

Más adelante, en el semáforo de la Oriental con La Playa, le subí volumen a la música. Estaban tocando una canción alegre y con ritmo juguetón. Recosté la cabeza en el espaldar, tamborileé con los dedos sobre la cabrilla y me puse a mirar a los peatones que cruzaban la calle frente a mí. Muchos de ellos eran pobres que se dirigían a sus quehaceres diarios. Mientras oía la música y veía pasar frente al parabrisas esos rostros de mi tierra tuve un acceso de ternura. Estaba contemplando esas caras sufridas que eran la razón de mi vida, cuando lo vi. Era él. Caminaba entre un grupo de personas apresuradas. Volteó la cabeza y me miró de frente. Me estremecí. Pensé que podría ser una alucinación mía, pero en una segunda mirada comprobé que no podía haber duda: era un Objetivo General. Tenía ese mismo aspecto rígido y prepotente que tienen los Objetivos Generales, la misma mirada de ambición insensata, el mismo optimismo dictatorial.

Cuando el semáforo cambió empujé la palanca bruscamente produciendo un desagradable traquido en la caja de cambios. Arranqué a toda velocidad y llegué a mi oficina. No saludé a nadie y fui directamente a mi escritorio. Antes de empezar mi labor del día y acabar con los montoncitos que tenía retrasados di una última mirada por la ventana. Abajo, de un bus recién estacionado, vi bajar varios, muchos seres pequeños sin identidad, que solo parecían existir como parte del grupo. Me volví a estremecer. Corrí el vidrio y saqué la cabeza para ver mejor. Tampoco había duda: todos

tenían el mismo caminado tímido, la actitud apocada y el aspecto de vieja cositera de los Objetivos Específicos. Se dirigían a la entrada de mi edificio con sus pasitos cortos y constantes. Entonces cerré la ventana y corrí a mi escritorio. Era evidente: el mundo empezaba a ser invadido por los Objetivos Generales y Específicos. Decidí resistir acabando por lo menos con los que estaban a mi alcance. Rompí todos los montoncitos con clip y portada archivados en mis cajones y los que reposaban sobre mi escritorio. Rasgué todas las hojas con información de la COCOCOCO. Al terminar la operación, pensé que una invasión de tal magnitud no incluiría solamente a los Objetivos. Sabía que, si volvía a mirar por la ventana, seguramente me encontraría con la presencia de un paquidérmico Marco Teórico y que tras las montañas, en pocas horas, empezarían a aparecer batallones de Presupuestos, Cronogramas, Justificaciones… Sabía que la cosa era seria y que hoy en la tarde o mañana en la mañana podría aparecer sobrevolando el cielo de nuestra ciudad un Diagnóstico Comunitario y luego otro y otro más hasta conformar un escuadrón dispuesto a bombardearnos.

Entonces dejé mi escritorio y me dirigí al ascensor pasando frente a mis compañeros que permanecían sentados sobre sus escritorios, ignorantes del peligro que corríamos los trabajadores comunitarios y también ignorantes de la heroica acción que iba yo a ejecutar, ya no en pro de los pobres directamente sino a favor, cosa todavía más importante, de quienes trabajaban para que los pobres dejaran de ser pobres. Tomé el ascensor y subí seis pisos pensando que quizá por el otro ascensor en ese mismo momento estaban subiendo los Objetivos Específicos. Me bajé en el piso dieciocho y fui directamente a la base de sistemas de nuestra Corporación. Borré palabra por palabra cada Objetivo, cada Justificación, cada Cronograma, cada Marco Teórico que aparecía registrado en la memoria y para cerciorarme, borré todos y cada uno de los verbos que aparecían registrados con sus terminaciones «ar», «er» o «ir». Terminada mi misión, supuse que a esas alturas los Objetivos ya se habrían tomado la oficina. Entonces decidí quedarme aquí en el piso dieciocho. Me senté frente a una pantalla y empecé a digitar rápidamente estas palabras, para que quede constancia de que una vez más un hombre ha sucumbido como mártir, luego de entregar su vida completa a la lucha por los más necesitados.

Con la *Monalisa* es distinto

Comenzó a comportarse extraño desde que compramos el libro. Era una antología de cuentos y en la portada tenía el rostro de una mujer sorprendida, con unos ojos grandes que miraban sin parar al lector.

Habíamos ido al supermercado como todos los sábados y como de costumbre Mario echó un libro en el carrito metálico. Cuando llegamos a la casa fue directo a su escritorio y se puso a leer. En la noche, a la hora del noticiero, fui hasta el escritorio y le dije con voz delicada que ya era hora de comer. Me quedé detrás de él, esperando, hasta que cerró el libro. Apoyó las manos en el escritorio y en mitad de la acción de levantarse miró la portada. Se quedó unos segundos detenido, concentrado en el libro, en una posición cómica, como si estuviera montando en un caballo imaginario. Luego se volvió a acomodar en la silla. Tomó el libro con las dos manos, lo levantó por encima de su cabeza y miró detenidamente la portada. Lo acercó y lo alejó varias veces de su rostro, lo miró desde distintos ángulos. Desde cualquier lugar donde ubicara el libro, los ojos persistentes de la mujer de la portada parecían buscar a Mario. Al cabo de un rato tosí y repetí que ya era hora de comer. Mario, como si hubiera sido sorprendido en un juego infantil y vergonzoso para su edad, reaccionó poniéndose de pie inmediatamente. Dejó el libro y me siguió a la cocina. Al salir de la biblioteca echó una última mirada sobre el escritorio.

Comió poco y no dijo una sola palabra. A ratos se quedaba con los ojos cerrados y con la cuchara detenida a medio camino. En la noche desperté dos veces y en ambas ocasiones estaba sentado, recostado en la baranda superior de la cama, con los ojos abiertos mirando nada.

En el desayuno del día siguiente estuvo igualmente extraño. No me atreví a preguntarle nada y me limité a poner sobre la mesa su café con leche y sus huevos fritos. Me senté frente a él y comí en silencio. Luego de un rato dijo:

—Es que no es como la *Monalisa*.

—¿Qué? —pregunté sorprendida.

—Que es muy distinto a la *Monalisa*.

—¿Qué cosa?

—La mirada de la *Monalisa* llega hasta cualquier ángulo en el que uno se encuentre —dijo, creo que sin haberme escuchado.

Hizo una pausa, luego dijo:

—Tampoco es como el dedo del anuncio.

—¿Pero de qué estás hablando? —dije un poco irritada.

—El dedo que está pintado en la valla publicitaria frente a mi oficina —contestó sin mirarme, como si hablara solo— tiene un letrero que dice: «Usted puede ser uno de los ganadores». Ese dedo te señala las veinticuatro horas del día. Si miras por la ventana del décimo piso ahí lo tienes apuntándote, y si bajas al primero y sales a la calle ahí está señalando hacia ti. Si subes dos calles y puedes ver la valla, siempre encuentras el dedo apuntándote. Siempre que tengas el anuncio dentro de tu ángulo de visión, ahí estará el dedo…

Yo me paré, recogí los platos de la mesa y los llevé apilados hasta el lavadero. Él seguía hablando:

—Igual pasa con la *Monalisa*. Si tú caminas hasta que la *Monalisa* salga de tu ángulo de visión se acabó el problema: ya no ves el cuadro y ella no te está mirando.

Eché bastante jabón a cada uno de los pocillos. Restregué varias veces los platos, quería limpiarlos muy bien. A través del chorro de agua y del tintineo de la losa él dijo más cosas:

—…Pero esto es distinto. Esos ojos siempre me están mirando, siempre. Y no basta con que yo los saque de mi ángulo de visión. No sirve de nada que los tape, que los guarde, que los voltee apuntando a otro lado. Porque incluso cuando no están cerca, sobre todo cuando no están cerca, esos ojos me buscan. Como si hubieran sido dibujados para mirarme.

Cuando Mario salió para el trabajo, con sus ojeras y su aire de indisposición, fui hasta el escritorio. Tomé el libro y me puse a detallar la mirada. Eran unos ojos abiertos con una expresión confusa y exagerada. Después de una sorpresa generalmente viene el terror y después del terror la súplica. En esos ojos estaba resumido el proceso. Estaban sorprendidos, aterrorizados y suplicantes a la vez. Esos ojos gritaban.

Puse el libro nuevamente sobre la mesa y me retiré hasta la puerta de la biblioteca. Desde allí veía los ojos clavados en mí. Luego fui hasta el extremo contrario de la habitación y directamente hasta allá llegaban las pupilas implorantes del libro. Entonces salí de la habitación y ahora, sin mirar el libro, no sentía que nadie me estuviera viendo. Para mí era como la *Monalisa*, como el dedo de la valla. Me olvidé del asunto y volví a la cocina. Me puse a cantar y a

fregar los platos.

A las once de la mañana sonó el teléfono. Era Mario.

—¿De qué lado está? —preguntó ansioso.

—¿Qué?

—El libro, el libro de la mirada. ¿Está bocabajo o bocarriba?

—No sé… no me acuerdo —dije.

—Ponlo bocabajo, con la portada sobre la superficie de la mesa. Tal vez sea eso. Es que no he podido trabajar en toda la mañana.

— Está bien –dije. Colgamos.

Fui a la biblioteca, volteé el libro y volví a mis oficios. Mario volvió a llamar como a la media hora. Estaba alterado. Preguntó si había volteado el libro, me dijo que no había dejado de ver esos ojos y que cada momento estaba peor. En la noche llegó a casa con el rostro desencajado, con señas de cansancio extremo, como si ese día hubiera trabajado tres o cuatro días. Se sentó ante el comedor en silencio y no probó bocado.

—¿Y si lo quemamos? —dije.

—No —dijo él— ese no es el problema. Si ese libro me mira puesto boca abajo, igual me puede mirar ardiendo en llamas o disuelto en agua o hecho trizas en la canasta de la basura.

Mientras hablaba lo miré a los ojos. Tuve esa sensación de incomodidad y sorpresa que nos sacude cuando descubrimos algo evidente, con lo que hemos convivido por años, y de lo que no nos habíamos percatado. Adentro de los ojos de Mario había asombro y miedo y sorpresa. Entonces recordé: «El de la mirada triste». Así le decía mi hermana Carmen a Mario cuando éramos novios. De un momento a otro se me vino a la cabeza ese Mario de los primeros tiempos, el que no estaba cubierto por el velo de todos estos años de huevos fritos al desayuno, visitas al supermercado los sábados y horario de oficina en los días de semana. Recordé, como si fuera una revelación, algo esencial que se me había olvidado hacía tiempos. Los ojos que estaba viendo ahora en el comedor de mi casa eran los mismos que tenía el muchacho tímido y estudioso con el que me había casado.

Esa noche Mario llegó tarde. Había estado bebiendo. Lo sentí *tambalequear* en la sala. Luego se sentó y encendió el equipo de sonido. Estuvo escuchando música y tomando hasta que se quedó dormido en el sofá.

Al día siguiente parecía no poder soportar más. Como todos los días, serví el desayuno y me senté frente a él. Pero no quise mirarlo de frente. Cuando salió, corrí a la biblioteca y tomé el libro de cuentos. Observé la portada y se me ocurrió que esos ojos y los de Mario estaban hechos de la misma sustancia. «Por eso lo buscan», pensé. A las diez de la mañana llamé a Mario a la oficina. Me dijo

que tenía todo el trabajo acumulado sobre el escritorio y que no había podido hacer nada. La secretaria le había pedido una cita con el médico para el mediodía. Colgué y salí al supermercado. Fui directamente a la sección de libros y busqué la antología de cuentos. Quedaba solo un ejemplar en el estante, la mirada fija en todos los que pasaban por allí con sus carritos metálicos. Lo tomé y fui directamente a la caja. Cuando llegué a casa caminé hasta el escritorio mientras destapaba la bolsa del supermercado. Sobre la mesa estaba el libro que Mario había comprado, igual al que yo tenía en la mano. Recosté el primero contra la pared y puse el otro frente a él (los ojos frente a los ojos), apoyado sobre un diccionario. Salí de la biblioteca y fui a preparar la cocina. El resto del día me esforcé por pensar solo en la zanahoria que estaba cortando en el momento, en la olla que brillaba, en el piso que estaba limpiando, en todas esas cosas que han sido mi vida. No en miradas tristes.

En la noche Mario llegó sonriendo. Me pregunto qué había hecho para la comida. Le dije que sopa de cebolla y arroz a la valenciana.

— Qué bueno —dijo. Comimos juntos. Sorbía la sopa con gusto.

—Parece que te fue muy bien con el médico —le dije.

—No —contestó mirándome. Sus ojos tenían la misma tristeza en reposo de nuestro matrimonio, no la tristeza atormentada de los últimos días—. Cuando iba camino al consultorio empecé a sentirme mejor, y cuando llegué a la consulta ya no me pesaba esa mirada en la cabeza. Así que para no quedar en ridículo le dije al médico que tenía una jaqueca.

Luego se comió el arroz hasta dejar limpio el plato. Esa tranquilidad suya me lleno de felicidad. Creo que nunca había estado tan feliz en estos años de casados. Esa noche, después de comer, dejé a Mario frente al televisor y fui a acostarme. Antes de entrar a la habitación pasé por la biblioteca. Los libros no estaban. Sobre el escritorio solo permanecía el diccionario. Miré debajo de la mesa para comprobar si se habían caído y no vi nada. Entonces salí de la biblioteca y cerré la puerta. Casi a la media noche Mario apagó la televisión y vino a la cama sin mencionar una sola palabra sobre el asunto de la mirada.

Al otro día, a la hora de los huevos fritos, quizá fortalecido por el descanso de un sueño tranquilo, preguntó si yo había vuelto a tocar el libro, si lo había puesto boca abajo sobre el escritorio. Le dije que lo había roto y que luego había quemado los pedazos. No se sorprendió.

—¿A qué horas hiciste eso? —preguntó.

—A eso de la una de la tarde —le respondí.

—¡Funcionó!, a esa hora empecé a dejar de ver la mirada y

comencé a sentirme mejor.

Sonrió, se puso de pie, vino a mí, me abrazó y me besó en la mejilla. Luego salió para su oficina. Antes de cerrar la puerta vi la piel de su rostro volviendo a recuperar la lozanía. Vi la sonrisa amplia y satisfecha, en paz. Y vi sus ojos, unos ojos en los que cualquiera hubiera leído la felicidad. Pero en los que yo veía ahora claramente una melancolía delgada y profunda de la que ni siquiera él se percataba. Unos ojos que no eran míos.

Volví a la biblioteca y me quedé mirando el diccionario sobre el escritorio y el espacio vacío que habían dejado los libros. Mario en ese momento estaba tranquilo. Pero yo, después de esos días, nunca más he podido tener un momento de paz. Sé que en cualquier momento va a aparecer otra mirada profunda y melancólica buscando su igual. No necesariamente dibujada en la portada de un libro. Es probable que la próxima vez los ojos aparezcan puestos en un rostro de carne y hueso que en este momento puede estar caminando por cualquier calle en esta misma ciudad. Entonces, cuando se encuentren con Mario, desaparecerán. Se lo llevarán. ¿Adónde?, ¿por qué? No sé. Al mismo lugar y por la misma razón que desaparecieron los libros que yo dejé sobre el escritorio.

Carta poco corta para un largo

Doctor
Jorge Humberto Laforie
Gerente
COMPAÑÍA FINANCIERA NACIONAL

La ciudad
Cordial saludo:

Solo le pido que me regale un poco de tiempo. Si pudiéramos ver las cosas tal como son comprobaríamos que en realidad el tiempo no tiene demasiada importancia… Le voy a contar la historia de un proyecto maravilloso: una película de cine centrada en las vivencias de tres niños en un barrio popular. Un tema que se prestaba para tocar la sensibilidad del más tieso. ¿Quién no recuerda su infancia? Con dolor, con ganas de olvidarla, con nostalgia, con ternura, con rabia, como sea, pero ¿quién no la recuerda? Ya habíamos visto varias películas de ese tipo que nos conmovieron y que además habían tenido gran éxito en la taquilla.

La primera secuencia de nuestro proyecto cinematográfico empezaba con *Juan*, *Pedro* y *Jorge,* haciendo fila en el restaurante escolar. Eran niños entre los seis y los ocho años, amigos inseparables. Jugaban fútbol juntos, se volaban de la escuela juntos para ir a pescar renacuajos en tarros vacíos de leche en polvo, soñaban juntos con ser algún día policías motorizados recorriendo una gran ciudad.

Luego venían las secuencias en las que se presentaba a los personajes y a sus padres y se mostraban las costumbres y la vida diaria de un barrio popular. Después, el guion involucraba a los tres amiguitos en un problema que crecía plano a plano como una bola de nieve para, después de setenta páginas de peripecias, malentendidos y aventuras, desenredarse de una manera comiquísima, que nos hizo morir de la risa cuando lo escribíamos. Un proyecto genial. Pulimos el guion durante varios meses y pasamos otros más buscando nuestros actores principales. En la quinta jornada del *casting* apareció Danielito Álvarez, un pequeño

rubio de ojos saltones y cara de pájaro que entró un poco encorvado de timidez al improvisado salón de audiciones que monté en la sala de mi casa. Sus ojos tenían la melancolía de un hombre adulto y derrotado, pero Danielito tenía ocho años. Cuando caminó hacia el lugar donde reposaba la cámara de video supe sin ninguna duda que ahí estaba *Jorge*, el niño introvertido y fantasioso que iniciaba a los otros dos personajes en las aventuras que planteaba el guion. Que Danielito era *Jorge* quedó confirmado cuando vi su imagen en el monitor y cuando casi con susurros le narró a la cámara los pormenores de un día suyo en la escuela primaria. Luego dimos con Boterito, Duván Botero, un poco pasado de peso y estatura para sus siete años. Brusco y prepotente.

En mitad del *casting* dijo que estaba cansado y que no quería seguir con eso, que él pensaba que la cosa era más divertida y que venía porque el papá le había prometido pagarle si hacía alguna cosa distinta a jugar en la calle. Boterito era *Pedro*: la fuerza física, la torpeza y la ternura, el personaje encargado de mover la película, el motor que ejecutaba las acciones imaginadas por *Jorge*.

Después de cuatro meses de audiciones habíamos grabado en nuestra cámara de video a más de tres mil niños de la ciudad. Teníamos todos los rostros, todos los caracteres, todos los traumas, todos los vicios aprendidos y heredados, todos los anhelos, todos los miedos, todas las morisquetas, todas las ocurrencias, todas las pataletas, todas la paranoias, todos los mecanismos de manipulación y todas las ambiciones de los niños de nuestra tierra. Teníamos un mapa de nuestra infancia. Teníamos el retrato que nuestros adultos habían pintado sobre sus hijos, pero en ese gran mural del futuro del país (que por cierto no era muy prometedor) faltaba nuestro tercer personaje: *Juan*.

Hicimos entonces varias sesiones más de *casting* hasta que comprendimos que era inútil tratar de encontrar algo nuevo. Procedimos a mirar con más detenimiento todas y cada una de las miles de pruebas que habíamos grabado hasta el momento. Luego de tres días de permanecer frente a un televisor viendo pasar rostros de niños, con el control remoto en la mano y los ojos cuadriculados, en el momento en que empezaba a quedarme dormido, alcancé a ver en la pantalla una sonrisa que ocupaba casi toda la superficie del rectángulo luminoso. Era un negrito que a simple vista hubiera pasado desapercibido si al camarógrafo no se le hubiera ocurrido hacerle un acercamiento que nos pegaba en la narices una sonrisa plena, un gesto del que el protagonista no era consciente, heredado por una raza que guardaba sus pocos momentos de felicidad en los socavones de la genética, una sonrisa ancestral, profunda, que hablaba de alegrías intensas y antiquísimas. Levanté el control

remoto, devolví el casete y volví a mirar la prueba completa del negrito. Tenía seis años y era excelente. No me perdoné haberlo pasado por alto. Se llamaba Nemesio Murillo, Nemito. Lo cité a un segunda prueba y no tuve que escucharlo mucho para asegurarme de que era *Juan,* el personaje fresco, chistoso, juguetón que le daba a la historia los mejores momentos de buen humor.

El reparto de nuestra película estaba casi listo porque la consecución de los personajes secundarios no fue tan difícil. Los diferentes sitios donde se iba a grabar (35 escenarios entre parques, calles, casas viejas, ríos, cafetales, tiendas, buses en movimiento, praderas, cuevas escondidas, estaciones de policía, bodegas, cementerios y escuelas) ya habían sido escogidas en su mayoría: así que luego del *casting* solo nos demoramos dos meses más en tener definidas también todas las locaciones.

Teníamos los actores y los lugares donde iban a actuar. Teníamos algún dinero proveniente de la hipoteca de mi casa. Mi mujer se opuso al principio, pero luego comprendió que la hipoteca no era más que una inversión: cuando la película se hiciera y se comercializara, podríamos responder por el préstamo y comprar tres o cuatro casas más. Pero el dinero de la hipoteca no era suficiente para el costo total de la producción, así que enviamos nuestro proyecto con la idea de encontrar un apoyo en el Ministerio de Cultura. Mientras hacíamos gestiones en la capital yo empecé a trabajar con mis actores. Hice una labor rigurosa con las tres pequeñas futuras estrellas. Me reuní varias veces a la semana con ellos, inventé juegos en los que se divertían y aprendían, sin darse cuenta, las técnicas básicas de la actuación. Los acerqué tanto como grupo que terminaron haciéndose excelentes amigos. Se empezaron a reunir incluso cuando no teníamos sesiones de trabajo: jugaban, veían televisión, hacían tareas, cometían travesuras, caminaban, montaban bicicleta, iban a cine, peleaban, se reían y lloraban… siempre juntos. Danielito, Boterito y Nemito se convirtieron en *Jorge, Pedro y Juan.* Las familias también terminaron uniéndose y ese fin de año nuestros tres niños con sus padres y hermanos realizaron el paseo de fin de año a la playa, todos juntos.

Al año siguiente recibimos una carta del Ministerio diciendo que, para que nuestro proyecto fuera tomado en consideración y por tanto se hiciera posible objeto de evaluación para una posible ayuda, necesitábamos enviar pruebas de coproductores que aportaran otro tanto de capital y que garantizaran la realización de la película y por tanto la adecuada utilización de la posible ayuda del Ministerio.

Nos dedicamos a trabajar duro en la búsqueda de los coproductores. Después de un año de insistencia, y gracias a las

averiguaciones de mi colaborador José Prieto, establecimos contacto con un empresario español que se mostró muy interesado y que luego de unas veinte llamadas (que hicimos desde del teléfono de mi casa) nos dijo que el proyecto le interesaba mucho pero que él necesitaba una garantía del Ministerio de Cultura de nuestro país para estar seguro de que contábamos con suficientes recursos para realizar la película en su totalidad y de este modo asegurarse que su dinero no iba a hacer parte de un proyecto sin futuro sólido.

Entonces buscamos otro productor y dimos con un francés que no exigía el aval del Ministerio de Cultura. Tanto se animó con el proyecto que vino a Colombia para conversar directamente con nosotros. Se hospedó en la capital y hasta allí me desplacé, proveído de un par de vestidos elegantes que alquilé, para concretar el negocio. Esa noche salimos a comer a un restaurante costosísimo y luego de repetirle la sinopsis de la película el francés me interrumpió abruptamente:

—Disculpa te hago un paréntesis —me dijo, arrastrando la «r»— ¿Es verdad lo que dicen del precio y la calidad de la cocaína colombiana?

Yo le dije que sí, que era cierto, y por presumir de mi país le comenté que mientras en Nueva York un gramo valía ochenta dólares aquí se conseguía por cincuenta centavos de dólar, y luego seguí diciendo que, hablando de dólares, el presupuesto que le habíamos enviado requería de unos ajustes porque había sido realizado un año y medio atrás y que el precio de la divisa había aumentado… pero el francés me miraba con la fijeza de quien no está prestando atención.

—Y… ¿dónde se consigue? —me dijo.

—Si usted la pone, ya está conseguida —contesté, pensando en la plata.

—No. El polvo —me dijo.

Le dije que allí cerca y le expliqué dónde, por presumir de mi país. Me dijo que estaba un poco indispuesto por el cambio de horario y que se iría a dormir, que habláramos mañana para concretar el asunto. Nos despedimos.

Al día siguiente madrugué al hotel del francés. Pero no lo encontré ni ese día ni el otro ni el otro. Al cuarto día, triste y cabizbajo, decidí hacer un último intento antes de volver a mi ciudad. Y en esta ocasión lo encontré. Me recibió en su habitación. Estaba un poco demacrado y había adquirido un tic nervioso en la mandíbula. Me dijo que ya se había documentado en el terreno sobre las verdaderas posibilidades de realización de un largometraje en Colombia. Se había percatado de que era sumamente difícil encontrar apoyo. Que él confiaba en el proyecto, pero que no tenía

recursos para producirlo en su totalidad y que precisamente en los últimos tiempos le habían surgido unas necesidades económicas inesperadas. Pero que él era, como buen europeo, un hombre de palabra y que su propuesta de invertir en el proyecto se mantenía en pie. Solo que ahora necesitaba garantías. No nos iba a exigir el aval del Ministerio de Cultura, obviamente. Pero sí necesitaba compartir el riesgo y nos pedía que nos consiguiéramos la garantía de otro productor europeo. Salí de la habitación y de la capital con la conciencia de que le había salido otra pata al gato, pero con la convicción de que el rodaje estaba cada vez más cerca porque teniendo la presencia de un productor francés sería sencillo seducir a otro europeo.

Después de un año de cartas y llamadas (desde el teléfono de mi casa), alguien le habló a mi colaborador José Prieto de un productor noruego muy interesado en el cine latinoamericano. Llamamos (desde el teléfono de mi casa) a su oficina en Oslo y nos contestó con gran amabilidad y entusiasmo. Le hablamos del proyecto y nos preguntó si la película tenía torturados políticos. Con toda sinceridad le dije que no. Permaneció en silencio un momento y dijo que no importaba, que de todas maneras la realidad de los jóvenes sicarios en las ciudades colombianas era un tema de mucho impacto. Hablando lentamente en español le aclaré que en nuestra historia no había sicarios.

—¿Entonces de qué trata? —preguntó con menos entusiasmo y yo le dije que era una historia sobre la infancia, las aventuras de tres niños de un barrio popular.

—¿Y cómo van a tratar el tema del hambre? —volvió a preguntar, ahora sin tanta amabilidad y yo le volví a hablar en un lento español diciéndole que en la película no había hambre.

—Entonces no es una película latinoamericana.

— Sí-lo-es —dije en lento español.

—No lo es —dijo el noruego, sin ninguna amabilidad ni entusiasmo— es una película europea y de esas hacemos muchas aquí todos los años.

—Muy amable que esté muy bien —le dije y colgué el teléfono después de una charla de media hora con una oficina en Oslo (desde el teléfono de mi casa).

Mientras buscábamos otro productor europeo, seguí trabajando fuertemente con mis actores y cada vez descubría en ellos vetas inexploradas de un talento excepcional. Estos muchachos eran unos verdaderos artistas. Una tarde, mientras aplicaba veladamente algunas de las técnicas de Stanislavski en medio de los juegos que hacía con ellos, me detuve a mirar sus movimientos y su concentración y pensé: «Estos muchachos van a ser grandes». Más

adelante comprobé que mi frase había sido premonitoria, aunque en otro sentido.

Cuando ajustábamos el segundo año de la búsqueda del segundo productor europeo, el dinero de la hipoteca se acabó, consumido por las necesidades de mi familia y mis colaboradores (José Prieto, entre ellos), por las llamadas telefónicas internacionales (desde el teléfono de mi casa), por los intereses del préstamo, por una pequeña pero cumplida mesada que entregaba mensualmente a los padres de mis actores y por algunas cenas especiales a las que invitaba a mi mujer cada tanto para menguar su impaciencia y refrenar su mala cara, entre otros gastos.

Agotado el dinero de la hipoteca, empeñado todo lo empeñable que había en casa y cerradas todas las posibilidades de préstamo con amigos y familiares, me vi tentado a pensar que me hallaba en medio de un problema sin solución. Pero al salir de casa observé que no todo estaba terminado: en el garaje estaba el automóvil familiar. Mi mujer pataleó y renegó, pero finalmente tuvo que ceder ante la avasalladora lógica de mis argumentos. Con ese dinero invité a cenar a mi mujer, pagué algunos meses atrasados de los intereses de la hipoteca y envié a la capital a mi colaborador José Prieto, para que se empleara a fondo en el arte de las relaciones públicas dentro de consulados y embajadas del viejo continente.

Cuando se trabaja duro y se tiene firmeza en los propósitos las cosas tienen que salir bien… En una de las embajadas, mi colaborador José Prieto conoció a una viuda belga, que inmediatamente lo vio se enamoró de sus facciones precolombinas y que luego de escucharlo se reenamoró de su inteligencia, sensibilidad y pasión por el cine. Mi colaborador José Prieto recibió también el flechazo de cupido cuando supo que la mujer era rica y viuda y belga. A fuerza de poesía y mimos vernáculos la mujer fue arrebatada por la pasión del celuloide y decidió participar en la película con unos miles de dólares y su actuación en un papel secundario. Estaba dispuesta a firmar los papeles necesarios para garantizar su compromiso como coproductora del proyecto. Solo restaba ubicar al productor francés, mostrarle la garantía de la belga y empezar el rodaje. En ninguno de los teléfonos de París y Ruan encontramos al hombre. Entonces supimos que nunca se había devuelto a su país natal y que vivía en la capital de Colombia.

Con el dinero que quedaba de la venta del auto familiar fui a la capital y luego de una labor de inteligencia casi policíaca encontré a un francés más demacrado que el que había conocido dos años antes. El tic de la mandíbula se había convertido en un rasgo de carácter. Fuimos a almorzar a un restaurante y me contó que había invertido todo su dinero en unas acciones que habían bajado pero

que, según le había comunicado un informante de confianza, subirían estrepitosamente en unos días y que yo tendría el cheque en mis manos. Pagué el almuerzo porque él había olvidado su tarjeta de crédito y nos despedimos no sin antes darle cincuenta mil pesos que me pidió prestados hasta la semana siguiente. Nunca más lo volví a ver.

Perdimos al francés que nos había obligado a conseguir a la belga, pero teníamos a la belga y al Ministerio. Volvimos a enviar el proyecto con el presupuesto actualizado y con una constancia que garantizaba la presencia de nuestra productora europea. Esta vez en el Ministerio nos recibieron las cinco copias del documento de 450 páginas, sin ninguna observación. Solo faltaba esperar la aprobación y comenzar el rodaje.

Entretanto, permanecí en mi ciudad dando por fin la cara a mis acreedores a quienes tenía abandonados debido a la carga de ocupaciones cinematográficas. Pero ellos no se habían olvidado un solo momento de mí. Me esperaban dos pleitos jurídicos por incumplimiento en el pago de obligaciones económicas. Mi mujer, luego de llorar tres días seguidos y escéptica ante el feliz término que prometía mi proyecto, se marchó de casa con mis hijos a quienes habían devuelto del colegio por falta de pago. Abandonado por la familia y perseguido por las leyes hice un alto en el camino y decidí delegar en mi colaborador José Prieto la dirección del proyecto por un tiempo mientras conseguía un empleo y trataba de superar mis problemas.

Conseguí empleo en una productora de televisión. Me encargaba de realizar videos publicitarios que pregonaban las grandes virtudes de empresas pequeñas. Allí pasé varios años, tiempo en el cual estuve pendiente de la película. No dejé de reunirme con mis actores, de trabajar con ellos, de verlos progresar y de verlos crecer…

Recién cumplido mi segundo aniversario en la empresa, el Ministerio envió un comunicado diciendo que nuestro proyecto había sido aprobado. Hicimos una fiesta, saltamos, lloramos y nos abrazamos porque sabíamos que solo faltaba recibir el cheque, recoger el de la belga y empezar el rodaje. Sin embargo, la experiencia me había enseñado a mantener un poco de ecuanimidad y recato y no quise renunciar a mi empleo hasta no tener segura la ayuda del Ministerio.

¡Sabia decisión!, porque dos meses después se efectuó la posesión del nuevo presidente de la República, quien estaba convencido de que el Ministerio de Cultura no era más que un caldo de cultivo para la burocracia y, por tanto, en su primer día de mandato congeló los recursos de dicho gabinete para hacer una

evaluación de cargos y presupuesto.

La evaluación duró seis meses y después de ella el Gobierno decidió suprimir la Dirección de Cinematografía porque se necesitaba invertir esos recursos en prioridades sociales. Antes de que eso ocurriera fuimos a la capital a exigir el apoyo que ya nos había sido aprobado, con la constancia escrita firmada por el ahora exministro de Cultura. Nos respondieron que ese presupuesto ya no existía y volvimos indignados a nuestra ciudad en donde nos conseguimos un excelente abogado y demandamos al Estado.

Durante los cinco años que duró el pleito continué haciendo videos en los que se hablaban maravillas de empresas perfectas. Cada instante de mi tiempo libre lo dedicaba a la película. Mis actores habían dejado de ser amigos para convertirse en hermanos y sus capacidades histriónicas se habían solidificado de un modo asombroso. Siempre he sido consciente de mi condición de director privilegiado al poder contar con semejante talento. Finalmente ganamos el pleito, luego de que nuestro abogado hiciera pedazos con sus silogismos a un importante jurista de chaleco y corbatín que se empecinaba en que el Estado no tenía por qué entregarnos ningún dinero. Con el sabor del triunfo en mi paladar madrugué un lunes a la productora de televisión y en vez de ir a mi puesto de trabajo caminé directamente a la oficina de mi jefe y le dije que estaba harto de escribir guiones mediocres en una empresa mediocre y que iba poder dejar de utilizar mis capacidades artísticas para decir mentiras vergonzosas y que renunciaba y que gracias a Dios nunca volvería a ver su cara de bagre ni a sufrir su explotación. Salí sin mirar atrás y me fui directo a trabajar en mi película… Solo había un problema: ahora Danielito tenía 19 años, Boterito 18 y Nemito 17. Daniel estudiaba literatura en una universidad oficial, Boterito manejaba el camión en un negocio de la familia y Nemesio estudiaba música y teatro. Todos tres tenían novias y salían juntos con ellas a todas partes. Eran inseparables, seguían siendo *Jorge, Pedro* y *Juan.* Analicé la situación y me di cuenta de que el asunto se podía solucionar modificando un poco el guion sin tener que cambiar demasiado la estructura general. Contaríamos las aventuras de tres jóvenes de un barrio popular: sus tristezas, sus amores, sus ilusiones, sus sueños.

Comenzamos la creación del nuevo argumento teniendo en cuenta las mismas locaciones y los mismos personajes, un poco más mayorcitos. Elaboré un primer guion que me tomó tres meses de trabajo. Lo compartí con mis colaboradores, con otros amigos y con algunos especialistas en la materia. Basado en las observaciones críticas que recogí, volví al guion y un mes más tarde contaba con una versión definitiva. Realizamos un pormenorizado plan de

grabación lleno de numeritos y cuadros que nos demoró un mes más, pero que nos garantizaba una filmación rigurosa y un uso racional de los recursos. Volví a trabajar con mis actores, ahora haciendo énfasis en las nuevas circunstancias de los personajes. A pesar de que los ensayos se hacían con seis personas porque los muchachos tenían sendas novias inseparables, mis actores siguieron mostrando una disciplina que nunca he vuelto a ver y una capacidad de concentración que se envidiaría cualquier estrella de la pantalla gigante. El dinero era seguro, íbamos a grabar.

Sin embargo, habíamos olvidado un detalle: el Estado nos dio la cantidad de dinero que nos había prometido, de acuerdo a un presupuesto que habíamos entregado ocho años atrás. O sea que al momento de recibir el cheque nuestras necesidades requerían una cantidad de dinero ocho veces más grande. El monto era exiguo y mirando el cheque, por primera vez en todo este tiempo, estuve a punto de llorar. Pero gracias a mi espíritu acrisolado en los hornos de la dificultad, ahuyenté el desaliento y decidí empezar la película aunque fuera necesario suprimir mis honorarios y algunas secuencias con demasiados extras… Además, también contábamos con la inversión que iba a realizar nuestra coproductora belga. Si era necesario, lo haríamos con estrechez… pero íbamos a empezar a filmar.

Así hubiera sido si mi colaborador José Prieto, a esas alturas esposo de la viuda belga, no se hubiera dado a las tentaciones de la infidelidad y no se hubiera dejado sorprender y no hubiera sido abandonado por ella una fatídica mañana en que su relación amorosa y una fundamental parte de nuestro presupuesto se desmoronaron para siempre. Entonces el abogado de chaleco y corbatín que había quedado con el orgullo bien herido después de haber perdido su caso con un abogado de provincia y que estaba encargado de vigilar el adecuado manejo de los recursos entregados por el Estado, supo que nos habíamos quedado sin coproductor europeo y procedió a hacer gestiones para detener el cobro del cheque –y, por tanto, el rodaje– hasta que no existieran condiciones que garantizaran el feliz término del proyecto.

Mis actores supieron que nada de lo ocurrido dependía de mi voluntad y comprendieron. Les dije que los llamaría una vez se solucionara todo para comenzar a filmar. El cheque del Ministerio era pequeño, pero por lo menos esa cantidad nos daba algo de credibilidad a la hora de solicitar los recursos faltantes. Cansado de los productores extranjeros ideé una estrategia para convencer a los del Gobierno de que me dejaran poner a funcionar el proyecto con los recursos que teníamos. Si me descongelaban el cheque y me daban tiempo para conseguir otro dinero estaba seguro de que

podría filmar. Y ya con el material filmado era mucho más fácil, además de ineludible, conseguir recursos para editar la película.

Como el Ministerio de Cultura había dejado de existir, tuve que remitirme al Ministerio de Educación, que era el que ahora manejaba los asuntos que antes le competían al de Cultura. El funcionario para esas actividades no había sido nombrado, así que esperé algunos meses mientras se hacía la convocatoria oficial para el cargo, se realizaba la evaluación y la pruebas del candidato y se posesionaba el elegido. Cuando eso sucedió volví a la capital y me entrevisté con el funcionario. Muy amable felicitó mi propuesta y me dijo que el problema era que las condiciones para la asignación de ese tipo de recursos estaban consignadas en una ley y que modificarlas requería modificar la ley y modificar la ley era una labor del Congreso de la República y que bien podía contactarme con tal congresista y que le llevara mi propuesta.

Volví a mi ciudad, y allí me estaban esperando de nuevo los abogados de mis acreedores, acompañados ahora por el representante jurídico de mi exmujer. Me comprometí a dar unas cuotas fijas mensuales a las personas (entre las que estaba incluida mi señora exesposa) y entidades que exigían mis pagos. Delegué de nuevo el peso del proyecto en mi colaborador José Prieto y me vi obligado a buscar empleo. Un lunes en la mañana fui a la productora de televisión y caminé directamente hasta la oficina del jefe para decirle de qué modo nos equivocamos a veces los seres humanos, cuán injustos somos con las personas más valiosas, con qué facilidad lanzamos improperios inicuos y cómo solo a fuerza de experiencia, golpes de la vida y conocimiento del mundo valoramos las enseñanzas de quienes nos han ayudado y volvemos cargados de arrepentimiento a pedir perdón, a reconocer nuestra torpeza y a esperar la segunda oportunidad que estamos seguros no nos negará un hombre sabio. Trabajé varios años más en la empresa de televisión y logré menguar un poco el peso de mis deudas. Seguí trabajando y compartiendo con mis actores. Asistí a sus matrimonios, fui padrino de todos los hijos y me convertí en el invitado especial de bautizos, primeras comuniones y fiestas quinceañeras de las hijas de mis estrellas.

Un mes de agosto, mientras celebrábamos la graduación como bachiller del hijo menor de Nemito, apareció mi colaborador José Prieto, exesposo de la belga, ahogado de alegría. Se había ganado la lotería. Hicimos una fiesta de tres días y retomamos el proyecto con la alegría de mis actores que ahora representarían a tres cuarentones que después de separarse de sus mujeres regresan al barrio donde crecieron y viven una segunda adolescencia. Pero antes de empezar las grabaciones mi colaborador fue secuestrado.

Pagamos el rescate con el premio de la lotería y pospusimos el rodaje.

Los ensayos de actuación no se interrumpieron nunca porque tanto yo como mis actores hemos sido conscientes de que el cuerpo y la mente son instrumentos que el actor debe mantener afilados, prestos, para el momento en que la voz creadora del director diga por fin: «¡Acción!». Por la época en que la hija de Danielito se casó con el hijo de Boterito tuvimos la emoción de contar con todo el presupuesto necesario y con muchos recursos que nos iban a permitir incluso elaborar efectos especiales que ni habíamos imaginado. No era un productor extranjero. Era capital de nuestro país. El inversionista era joven y generoso y le había encantado la historia de los cuarentones que vuelven al pueblo. Y estoy seguro de que no se hubiera decepcionado en lo más mínimo si las autoridades norteamericanas no hubieran decidido encarcelarlo y congelar todas sus cuentas.

El año pasado, en la recepción que organizó Boterito para celebrar los quince años de su nieta preferida, nos reunimos Danielito, Nemito, mi colaborador José Prieto, el anfitrión y yo. En medio de la conversación nos dimos cuenta de que estábamos en la coyuntura propicia para rodar la película. El país se ha modernizado, el criterio de los empresarios e inversionistas es hoy más abierto, ahora nuestra tierra no está poblada de negociantes vulgares porque los nuevos tiempos han generado un nuevo perfil del empresario cosmopolita y culto que comprende y valora en su real importancia la creación artística y el quehacer cultural.

Y, además, para nosotros las cosas también han cambiado. Tanto mis actores, como mis colaboradores y yo contamos con el respaldo que la sabiduría y la experiencia le garantizan a los sueños. Por eso vamos a hacer una película que cuenta la historia de *Jorge, Pedro y Juan*, tres ancianos que hacen la fila para reclamar la cuota de su jubilación frente a un banco, tres hombres que han envejecido juntos y que se ponen de acuerdo para volver al barrio donde se conocieron sin saber que allí les esperan insospechadas aventuras. El proyecto muy probablemente sea subsidiado por el Ministerio de Cultura, recién reinstaurado por nuestro nuevo presidente. Pero, además de la ayuda estatal, queremos contar con el invaluable apoyo de la empresa privada. Por eso me remito a usted y adjunto carpeta donde se explican las maneras como su empresa puede hacerse partícipe de esta película que será presentada en festivales internacionales y canales de televisión europeos y norteamericanos, que además garantiza unas excelentes cifras de recuperación de inversión en taquilla (como verá en el estudio que adjuntamos) y que llevará el nombre de su negocio fuera de las fronteras del país.

Agradecemos su atención y esperamos ponernos en contacto directo con usted muy pronto.

Atentamente

EUSEBIO PEDRAZA
DIRECTOR DE CINE

JOSÉ PRIETO
PRODUCTOR Y
ASISTENTE DE DIRECCIÓN

Epílogo

Héctor Abad Faciolince

Es posible que Miguel Rivas no lo sepa, pero a los viejos editores (incluso a los que fuimos editores jóvenes) nos gusta que los libros empiecen con pie derecho, y un magnífico pie para empezar un libro es un endecasílabo. «A mí me gustan las mujeres tristes», la primera frase del primer cuento de este libro, es un endecasílabo y podría ser también el principio de un soneto.

Cada novela y cada cuento, si son buenos, tienen un ritmo secreto que solamente oyen (o al menos perciben sin saber qué es) aquellos con la suerte de tener buen oído. Y si uno no tiene buen oído musical es mejor que ni intente una novela, un cuento, y mejor ni digamos un poema. Doy dos ejemplos canónicos: *Cien años de soledad* se abre con un heptasílabo seguido de un endecasílabo. Ahí ya hay un proyecto de prosa seria e importante. Y el *Quijote* empieza con un octosílabo seguido por un endecasílabo. Los tres tipos de ritmos que acabo de citar (heptasílabos, octosílabos, endecasílabos) son los mejor aclimatados, desde hace muchos siglos, a la lengua castellana. Sin esas tres medidas no existe nuestra mejor poesía, pero tampoco la mejor prosa.

Lo que a mí me dijo que Miguel Rivas era, o sería, o llegaría a ser (y no nos defraudó) un escritor importante fue, sin embargo, algo que va más allá del ritmo musical (apenas un subtexto melódico agradable al oído), y que tiene que ver con el poder hipnótico, ese que te arrastra fuera del mundo, ya no solo de la materia sonora de las palabras, sino de las historias que con ellas se cuentan.

Desde hace tres decenios tengo una rutina casi siempre invariable. Pase lo que pase, llueva o truene, a las doce del medio día termino lo que estoy haciendo y me voy a una piscina. Para que nadie se entere de esta frivolidad mía, lo que digo, si alguien me lo pregunta, es que tengo cita con el psiquiatra o con la profesora de meditación trascendental. Lo cierto es más sencillo, pero no lo digo

porque es más difícil cancelarle al psiquiatra que a la piscina. Nunca acepto almuerzos: me voy a hablar con el agua y a nadar y nada más durante una hora todos los días.

El caso es que cuando la brillante editora en el Fondo Editorial de la Universidad Eafit, Mónica Palacios, me dijo a eso de las once de la mañana de un martes cualquiera que había llegado un libro inédito de un joven escritor talentoso que ella conocía porque le había publicado cuentos en el Suplemento Literario de *El Mundo*, yo me puse a leerlo con alguna esperanza, pero también con el escepticismo que da haber leído tantos libros inéditos regulares o malos, o que prometen mucho, pero no cumplen nada. Y ocurrió lo que casi nunca me ocurre: llegaron las doce del medio día y ni siquiera me di cuenta de la hora que era, y no fui a nadar, ni a almorzar, ni a hacer siesta, sino que me quedé leyendo, abstraído del mundo, hipnotizado, nadando hasta el fondo en los cuentos de este desconocido tocayo de Cervantes con semejante título tan juguetón y atractivo: *Los amigos míos se viven muriendo*. A veces los buenos títulos no pasan de ser eso; en este caso el contenido estaba al mismo nivel del título, y tal vez más arriba.

Y entonces ese mismo día, ese mismísimo martes por la tarde, me conseguí en Otraparte el teléfono de Rivas (pues Mónica me dijo que el hombre era amigo de los de Otraparte) y lo llamé y le dije Qué cuentos, hermano, qué cuentos tan bellos, y no hay que retocarles casi nada, si no los han contratado en Planeta o en Alfaguara los publicamos nosotros, y hasta puede que te demos algún anticipo. Pocas veces en este mi viejo oficio de editor, que ya no ejerzo tanto no por falta de ganas sino de tiempo, me han pasado esas cosas, pero recuerdo tres en este instante: Fernando Molano con *Un beso de Dick*, Luis Miguel Rivas con el libro que ustedes tienen en las manos, y *Esta herida llena de peces* de Lorena Salazar. Qué libros, amigos míos, qué librazos, y qué orgullo haber tenido algo que ver en el tortuoso camino de descubrirlos y publicarlos.

Las virtudes de estos cuentos de Miguel Rivas son muchas. Ya he dicho dos: la música de las palabras y el poder hipnótico de las historias. Quiero señalar dos o tres más, para dejar que los lectores descubran las otras trece virtudes que tienen.

Como no suelo releer libros, ni siquiera aquellos que me han gustado mucho, me he limitado a mirar una vez más, por encima, algunos de los cuentos de esta colección, para refrescar la memoria. Pero no he vuelto a leer el libro entero. Supongo que como en todos los libros de cuentos, hasta en los de Cortázar o en los de Chéjov, hay unos mejores que otros, y uno o dos que no se borran nunca, porque aspiran a la altura de «Casa tomada» o de «La dama del perrito». La vida y la lectura se parecen: de lo que hemos vivido o

leído nos quedan solo fragmentos, unas pocas escenas, sensaciones.

Sé que en los cuentos de Rivas ocurren cosas reales que se asoman sin que nos demos cuenta hasta los límites de la fantasía, sin pasar la frontera, o atravesándola con tanta magia que uno ni se da cuenta de que la ha pasado. Sé también que lo que acabo de decir ocurre menos, no solo porque sus cuentos son realistas, sino porque son mucho más que eso. Son reales.

En ellos está Envigado con sus políticos y sus mafiosos, esa sombra imborrable. Está el Centro de Medellín con sus edificios y sus muertos diarios. Hay en ese realismo, a veces, una sinceridad que duele, y situaciones que al mismo tiempo nos atraen y nos repelen, y eso mismo nos lleva a no dejar de leer, envueltos en repudio y atracción. Y algo más serio: durante la lectura tenemos la sensación de estar con el narrador en el mismo sitio de la historia, casi como si fuéramos un personaje más o un testigo mudo que no lee el cuento, sino que lo vive. Como la prosa es tan visual, tan finamente descriptiva, más que lectores nos convertimos en espectadores de los cuentos de Rivas. Y como el narrador al mismo tiempo mira, describe y piensa, nos metemos también en la cabeza de quien cuenta y seguimos el hilo de su mente.

Termino con algunos ejemplos ya no de virtud, sino de virtuosismo. Me refiero a frases, a frases logradas, redondas, convincentes como piedras, que tenía subrayadas ya en aquel manuscrito de hace quince años que todavía conservo. Admiro mucho una que, en toda su sencilla perfección, el narrador no se atreve a decir, porque el contexto se lo impide: «La tristeza cansa mucho».Y que la piense pero no la diga la hace mucho mejor todavía. Hay otras que son paradojas sumamente lógicas en el contexto: «Ese tipo me está siguiendo delante de mí», o en el descubrimiento de alguien que uno quiere que se vuelva amigo: «este tan distinto sí que es igualito a mí». Unas más que definen perfectamente ciudades como Envigado o Medellín: «a esta ciudad no le gusta que uno consiga amigos», y otras con ese humor un poco raro, tan original, de Rivas: «la música era lenta, en inglés y daba frío». Y por último, y siempre, en cada cuento, algún atisbo de buena poesía que casi no lo parece: «…la gente parecía como contenta de estar triste». Esa poesía que él disuelve en prosa, y está basada siempre tanto en la idea como en el sonido.

Luis Miguel Rivas

Nació en Cartago en 1969 y creció en Envigado, al sur de Medellín. Antes de dedicarse de lleno a la escritura y a acompañar talleres literarios, trabajó como libretista y realizador audiovisual. Con el Fondo Editorial Eafit publicó sus dos primeros libros, *Los amigos míos se viven muriendo* (2007) y *Tareas no hechas* (2014). Los demás los ha venido publicando con Seix Barral: *Más tareas no hechas* (2023), *Malabarista nervioso* (2022, Premio Nacional de Literatura 2023), *Era más grande el muerto* (2017) y *¿Nos vamos a ir como estamos pasando de bueno?* (2015). También es autor del poemario *Hoy no quiero metáforas* (Angosta, 2018). Vive en Buenos Aires.

Imagen de cubierta: Adaptación de una ilustración de Daniel Gómez
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Otros libros del autor publicados en esta colección

Más tareas no hechas (2023)
Malabarista nervioso (2022)
Era más grande el muerto (2017)
¿Nos vamos a ir como estamos pasando de bueno? (2015)

Epílogo de Héctor Abad Faciolince

Luis Miguel Rivas
Los amigos míos se viven muriendo

Tienen estos relatos una textura singular tejida con gracia, humor negro y blanco y profundo, personajes paradójicos en situaciones poco convencionales, alcohol, monólogos interiores deslumbrantes, ritmo, chispa e inteligencia.

"Durante la lectura tenemos la sensación de estar con el narrador en el mismo sitio de la historia, casi como si fuéramos un personaje más o un testigo mudo que no lee el cuento, sino que lo vive. Como la prosa es tan visual, tan finamente descriptiva, más que lectores nos convertimos en espectadores de los cuentos de Rivas. Y como el narrador al mismo tiempo mira, describe y piensa, nos metemos también en la cabeza de quien cuenta y seguimos el hilo de su mente". Héctor Abad Faciolince

---

Este libro marcó el debut de un autor que crece y se hace más sólido —y querido por los lectores— con cada obra que publica. El libro con el que conocimos el universo literario de Luis Miguel Rivas.

Seix Barral Biblioteca Breve

Table of Contents

Portada
Página del título
Copyright
Índice
La vez que todos fuimos Jairo
Huid de la primera mirada
Los amigos míos se viven muriendo
Todo me suena a tu voz
Los malditos gatos jugando en el techo
Anoche me acechaba un objetivo
Con la Monalisa es distinto
Carta poco corta para un largo
Epílogo: Héctor Abad Faciolince
Contraportada